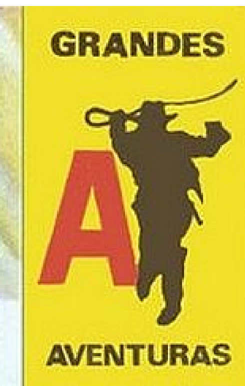
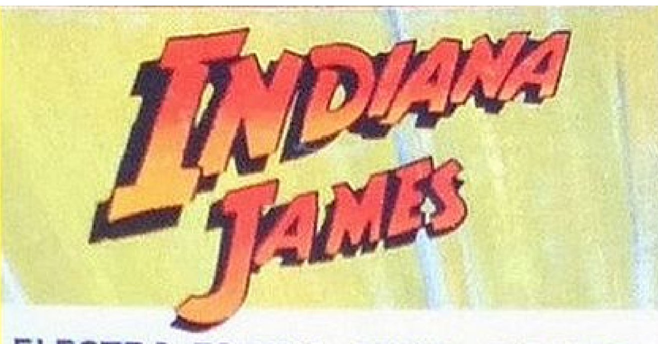




ELECTRA ES UNA CRUEL AMANTE

Indiana ya se ha encontrado más de una vez con la organización criminal Electra. Y siempre ha conseguido escapar, con mucha suerte, bastante fortuna y algo de habilidad, pero Electra… quiere la revancha. Y lanzará todos sus efectivos contra él. Esta vez, sólo uno de los dos sobrevivirá, porqué… «Electra es una cruel amante».



Indiana James

Electra es una cruel amante

Bolsilibros - Indiana James - 22

ePub r1.0
LDS 02.05.18

Título original: *Electra es una cruel amante*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

No está bien tirar a la gente por la ventana, lo reconozco. Pero la situación era explosiva. Literalmente.

Aquel maníaco tenía en sus tripas algo así como dos toneladas de explosivos y se trataba de Sissy Wet, de unas cuantas decenas de niños y de mí… o de él. Evidentemente, no cabían dudas. Pero no pregunten por cuál de las tres razones mencionadas antes. No me gustaría ser *demasiado* hipócrita.

El caso es que, aquella buena acción, tuvo su recompensa. La policía suiza podía habernos buscado las cosquillas a Sissy y a mí —sobre todo a ella claro—, pero los chiquillos, entusiasmados por la forma en que había tratado a su odiado profesor, nos echaron una mano. No todos. La mayoría estaba demasiado ocupada, deleitándose con los restos del que había sido su torturador hasta entonces.

El caso es que nos escondieron, jurando y perjurando a los polis que nos habíamos esfumado apenas dejaron oír su sirena. Si no hubieran sido tan «estúpidos», quizá nos hubiesen cazado desprevenidos; si no hubiera cometido la «tontería» de avisar con tanto tiempo de su llegada…; si no hubieran actuado como un «imbécil» cualquiera…; si hubiesen…

Hasta yo me puse colorado al oír todo lo que les soltaban aquella pandilla de mocosos. Lo estaban pasando en grande.

Yo, no. Yo estaba encerrado en un miniarmario con Sissy Wet peleando por cada centímetro de espacio con sus… bueno, ya se imaginan; intentando moverme sin que la mano tropezase con su prominente y orondo… esto, sigan imaginando; buscando aire desesperadamente con la cara hundida en medio de su par de… euh, sí, exactamente. Será mejor que lo dejemos, no me siento

particularmente inspirado para componer eufemismos y hablando de Sissy…

Total, que acabé hasta el moño.

En cuanto se despejó el panorama de policías y pudimos salir del estrecho armario, absorbí de un golpe la mitad del aire de toda Suiza. Y empecé a tramar un plan.

Nuestra situación era bastante apurada, dije, la policía nos buscaría y sería difícil pasar desapercibidos. Lo mejor era que intentase tantear el terreno, preparar una huida segura, adquirir todos los elementos necesarios y después, con todo dispuesto, volver a buscarla.

Sí, era muy conveniente el que, de momento, ella se quedase allí. ¡Qué mejor lugar para ocultarse! Sissy no era estúpida y se olió mi escapada, pero un sutil comentario sobre sus virtudes negociadoras en aquel ambiente, hizo que se lo pensase.

Total, que en cuanto pude, huí como un bellaco.

Y allí estaba yo. En pleno lago Léman, con una barquita alquilada, tostándome bajo un sol abrasador, dedicándome a la dura y agotadora tarea de… no hacer nada. Mis máximos esfuerzos, como concesión directa al culto muscular que parece enloquecer últimamente a mis compatriotas, consistía en estirar de un cordoncito atado a la borda y que mantenía sumergida una botella de Chivas Regal 12 años, accionar de vez en cuando el encendedor de mi mechero, y pasar las páginas del libro que estaba leyendo; *Asesinato en la Convención*, de Isaac Asimov.

Me importaba un pimiento, como decían entendidos y envidiosos —¡cielos, que redundancia!— que el «Buen Doctor» tuviera todo un ejército de negros escribiendo las obras que, luego, él firmaba. El resultado era sinceramente inmejorable.

El aliciente del libro no sólo se encontraba en la trama, sino en la descripción de personajes. Todos, o casi todos, ocultaban seres reales, de carne y hueso, deliciosamente parodiados y las carcajadas que se me escapaban, cuando por fin conseguía desvelar alguna que otra identidad, debían resonar por toda Suiza.

Resumiendo: que mi humor era inmejorable, que la placidez y tranquilidad de espíritu que disfrutaba era total y que, por tanto, temía que no durase nada.

Estaba trayendo de nuevo a la superficie mi dorado y líquido

tesoro, cuando reparé en una barca similar a la mía. Parecía ir, vacía, a la deriva. Me puse en tensión, esperando ver que, de un momento a otro, sus ocultos ocupantes se levantasen empuñando lanza-misiles y apuntando en mi dirección.

«Pura locura», pensé. Lo era, claro.

A medida que la barca seguía derivando y acercándose todavía más, supe por qué no parecía tener nadie a bordo. Su pasaje era una pareja, tumbada sobre el fondo de la embarcación y, digamos, «muy ocupada». Estuve a punto de ofrecer mi ayuda, puesto que sus brazos y piernas formaban una madeja imposiblemente enmarañada. Pero, bueno, ¿quién me decía que no se habían enredado expresamente?

Aquella romántica visión me hizo sentir una punzada de nostalgia por Sissy Wet. Una punzada en el bajo vientre, no sé si me explico, pero la superé rápidamente. Sólo tuve que hacer un repaso a todas las jugadas sucias que me había gastado la chica. Al fin y al cabo, Sissy era peligrosa. Tan peligrosa como podía serlo aquella ocupada pareja si deshacía su abrazo, despegaban las ventosas de sus bocas y se levantaban empuñando lanza misiles, y los apuntaban hacia mí, y…

«Pura paranoia —pensé—, y empeora por momentos, Indiana».

Las quillas de ambas embarcaciones chocaron blandamente y la pareja alzó la vista, sobresaltada…

… y deshicieron su abrazo, y se levantaron empuñando dos lanza-misiles, y los apuntaron hacia, mí, y…

Bueno, no eran exactamente lanza-misiles, pero me lo parecieron. De todas formas, a tan corta distancia, no había mucha diferencia entre éstos y las «Magnum» 44 que saludaban alborozadas a mi cabeza y mi estómago.

Mis maravillosos y bien probados reflejos me hicieron reaccionar instintivamente, logrando que mi mandíbula inferior cayera y mi boca quedase abierta como un buzón de correos, Excepto esa muestra de sorpresa, estaba congelado, incapaz de mover un músculo, con la botella de *whisky* en una mano y el vaso en la otra.

La pareja sonrió complacida, amartilló sus armas, extendió sus brazos en mi dirección y…

… y yo, cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, una fracción de segundo después,

todavía no habían disparado. Ni estaban en posición de hacerlo.

Su barca, seguramente debido al brusco movimiento de la pareja, se había desequilibrado y dado un bandazo, escorando espectacularmente por babor. Sus ocupantes manotearon desesperadamente en el aire intentando recuperar el equilibrio, pero no lo consiguieron. Un instante después, chocaron espectacularmente contra el agua. ¡*Splasssshhh*!, y desaparecieron bajo la superficie.

Era mi oportunidad. Tiré a un lado la botella y el vaso, y empuñé uno de mis remos, preparado para cualquier eventualidad. En teoría, los revólveres no suelen mostrarse muy dispuestos a disparar después de un baño como aquél, pero tampoco valía la pena correr el riesgo. Las parejas de novios suizos tampoco suelen dedicarse a pasear tranquilamente en barca, liquidando a desconocidos.

Esperé un minuto, dos, incluso tres…, pero nadie reapareció en la superficie y mi brazo alzado protestaba por el peso del remo. Cuatro, cinco minutos, y todo continuó igual.

Entonces, tomé una heroica decisión. Recuperé el Chivas, vacié el resto de la botella de un solo trago y empecé a remar velozmente hacia la orilla.

En cuanto llegué al pequeño embarcadero, me abalancé hacia el tipo que alquilaba las barcas e intenté explicarle lo que había ocurrido haciendo mímica y señalando ostensiblemente hacia el lago. Cuando dirigí la mirada en la dirección que indicaba mi brazo, callé en seco. ¡La barca de mi pareja había desaparecido!

La gente se había reunido en torno a nosotros, estalló en frenéticos aplausos y empezó a lanzar monedas a mis pies, muy satisfecha, antes de deshacer el corro. El tipo del embarcadero apoyó la palma de su mano en mi frente, la retiró resoplando y me dedicó una amable sonrisa de conmiseración, antes de darme la espalda.

Y allí me quedé yo, con la boca abierta y los ojos desorbitados, intentando atisbar la menor indicación de que, minutos antes, había sido la víctima de un intento de asesinato.

¿O no…?

Miré la botella de *whisky* vacía, mi libro policiaco, el sol que caía a plomo e hice examen de conciencia sobre mi agitada vida.

Bueno, ¿por qué no? Quizá todo habían sido alucinaciones, quizá ya empezaba a chochear, quizá dos días de descanso eran demasiados para mí y mi subconsciente aventurero empezaba a jugarme una mala pasada, quizá…

Me dirigí a mi hotel dispuesto a olvidarme de todo. Si a un suizo no le preocupaba lo más mínimo que dos de sus compatriotas se hubiesen ahogado, ¿por qué debía importarme a mí?

Ése soy yo: el valiente e inconsciente Indiana.

Si me hubiera preocupado un poco más, hubieran podido salvarse varios miles de vidas.

Incluyendo la mía, claro.

CAPÍTULO II

Por extraño que parezca —y a mis habituales seguidores se lo parecerá—, no me encontraba en una de mis endémicas crisis monetarias, así que había conseguido alquilar una habitación en un hotel de categoría más que regular, el Cu-Cut-Inn. Había supuesto que, un establecimiento cuyo nombre rindiese culto al emblema de la relojería suiza, no podía dejar el nombre y la fama del país por los suelos. Por una vez y sin que sirva de precedente, había acertado.

Recogí la llave de mi habitación, la 512, y subí hasta ella en el quinto piso. El paseo hasta el hotel, la frescura del ambiente acondicionado del hotel, la suave melodía del hilo musical y la obsesiva repetición de que todo lo sucedido en el lago, no había sido más que una alucinación, habían conseguido tranquilizarme un poco.

La suave penumbra en que se hallaba sumido mi cuarto, fue más que reconfortante. Me desplomé en un sillón y paseé la mirada por el ya familiar ambiente. Todo estaba en calma, todo era paz y tranquilidad, todo se hallaba en el perfecto orden en que yo lo había dejado…

… excepto la puerta que daba al dormitorio de la *suite*.

Recordaba perfectamente haberla cerrado, tras entreabrir la ventana para que la habitación se ventilase un poco. Ahora, estaba abierta. Completamente abierta.

Podía habérsela dejado abierta la camarera, claro. Pero lo que seguro que no se hubiera dejado, eran los dos tipos enormes que se hallaban enmarcados en el umbral, apuntándome con aquella especie de «bazookas». Movieron ligeramente las armas y vi cómo las manchitas rojas de sus telémetros-láser serpenteaban

alegremente por la alfombra, trepaban por mis pantalones, se deslizaban por mi camisa y, tras juguetear por mi cara, se concentraban, inmóviles, en mi frente. Tuve la sensación de que mi frente ardía como si la estuvieran marcando al rojo. Sería por poco tiempo. Pronto tendría una ventilación más que suficiente.

—¿Indiana James? —preguntó uno de los dos gorilas, sin descomponer un ápice su expresión neutra.

—S… sí… —balbuceé, al borde del infarto.

—Ha sido un placer —saludó el otro con la misma voz átona—. Adiós.

Y la puerta del dormitorio se cerró de improviso, ocultándolos a mi vista.

Pensé en alguna especie de juego sádico; pensé que, como buenos deportistas, querían dar a su víctima indefensa una oportunidad, disparando a través de la madera que nos había separado; pensé que podían irse a la mierda y terminar de una vez; y pensé que todo aquello no era posible, que debía tratarse de un error, que tras una amistosa charla reconocerían su equivocación y se largarían a matar a cualquier otro…

Pero, por si acaso, me levanté como una exhalación del sillón y me refugie tras él. Algo estúpido, porque aquella especie de cañones eran muy capaces de perforar puerta, sillón, Indiana, pared, y seguir hasta las antípodas, donde derribarían tres o cuatro pájaros con cada tiro.

Esperé un minuto, dos, incluso tres…, pero ni se abrió la puerta, ni las balas blindadas la perforaron. Miré frenéticamente a mi alrededor, buscando algo que sirviera de arma para defenderme deseché un cojín, un par de revistas y el florero de plástico con un par de mustias rosas. Opté por el enorme cenicero de cristal y salí de mi escondite con él en la mano, hasta pegarme de espaldas a la pared, junto a la puerta. Cuatro, cinco minutos, y todo continuó igual.

Entonces, tomé mi segunda decisión heroica del día. Alcé el cenicero, di una violenta patada a la puerta del dormitorio y entré en él como una furia desatada.

No sirvió de nada. El cuarto estaba vacío.

Parpadeé repetidamente, atónito, todavía sin creer lo que me estaba sucediendo. O me estaban gastando la broma más pesada de

mi vida, o me había deslizado alegremente hacia la locura.

Ni siquiera me tomé la molestia de revisar el interior del armario o de mirar bajo la cama. Si los gorilas habían decidido esconderse en cualquiera de ambos sitios, eran ellos los que estaban locos y no yo. Y no iba a seguirles el juego, por supuesto.

La cortina de la puerta que daba a un pequeño balconcito se movía a impulsos de la brisa. ¿Habrían salido por allí? ¿Por qué entonces montar todo aquel número? La curiosidad pudo más que la precaución y salí al balcón. A pesar de la altura, cinco pisos, llegó hasta mí un coro de exaltadas voces desde la calle. Me asomé…

Y allí estaban. Los dos gorilas. Artísticamente aplastados contra el pavimento, veinte metros más abajo.

No sentí lástima por ellos, sólo un inmenso alivio por mí. Aquello demostraba que no estaba loco, que no veía visiones, que habían intentado matarme dos veces. Pero ¿dónde estaba la lógica de aquella situación? Una pareja de enamorados me había clavado sendos revólveres en el estómago, antes de ahogarse gentilmente en las aguas del lago Léman de Ginebra; dos matones estaban dispuestos a volarme la tapa de los sesos, para lanzarse segundos después a una muerte segura… No echaré piedras sobre mi propio tejado, negando que en algunos casos puedo resultar un enemigo formidable, incluso atemorizador, pero dudo que en aquellos dos casos, mi acerada mirada hubiera imbuido el suficiente pánico en mis potenciales asesinos como para preferir el suicidio, antes que seguir soportándola un segundo más.

Las miradas de los peatones de abajo, a los que empezaban a sumarse varios policías, recorrían la fachada del hotel buscando alguna explicación a la caída de los dos matones, así que retrocedí apresuradamente al interior de mi dormitorio.

La policía no tardaría en llamar puerta por puerta con la habitual meticulosidad de los suizos, buscando responsables. Lo mejor era poner tierra de por medio. Además, quienquiera que estuviera intentando eliminarme, sabía cómo y dónde localizarme. Cuanto antes me perdiera, mejor. Ya lo dicen los refranes: «No hay dos sin tres» y «A la tercera, va la vencida». Sabiduría popular.

Salí del hotel sin problemas, sin rumbo fijo y sin poder eliminar la sensación de que era constantemente vigilado. Jamás me había sentido tan nervioso e intranquilo en toda mi vida. Toda la gente

con la que me cruzaba, parecía observarme de una forma especial, calculada, interrogante, obsesiva. ¿No escondería el polo de aquella niña rubia y pecosa un cohete tierra-tierra…?, la forma era apropiada; ¿no sería el bastón de aquel anciano un M-16 disfrazado…?, las muescas podían ser botones que accionasen su oculto mecanismo: tiro a tiro, ráfagas cortas, cargador entero; ¿no estaría lleno de explosivos el vientre de aquella mujer embarazada…?, un rápido lanzamiento, un detonador y media Suiza ascendía contigo a los cielos.

Entonces, le vi.

No había duda. Si me estaba acechando algún nuevo asesino, era él. Traje oscuro impecable, sombrerito y la estúpida expresión de una vaca indígena. Decidí no quitarle ojo de encima. Me paré ante un quiosco y él lo hizo ante —¡cómo no!— una relojería; unos metros más allá me detuve ante una zapatería y él ocupó mi lugar en el quiosco. Hasta compró un periódico tras el que escudarse.

Si quería sacar algo en claro, debía tomar la iniciativa. Me acerqué a la taquilla de un cinc, el Palace, donde casualmente exhibían la última aventura de mi casi homónimo y saqué una entrada. La acomodadora me colocó en el peor sitio posible, como es natural. No me importaba. Apenas dio media vuelta, desapareciendo por el pasillo central en busca de nuevos espectadores a los que fastidiar, recorrí apresuradamente mi fila de butacas, aplastando pies, pegando rodillazos y avasallando a un par de parejas, hasta llegar al pasillo lateral, sin perder de vista las cortinas que daban acceso a la sala.

No había entrado nadie detrás de mí y cuando mi «perseguidor» lo hiciera, las acrobacias que se sucedían en la pantalla, serían un juego de niños comparadas con la exhibición que pensaba dedicarle al tipo en exclusiva.

Me agazapé junto a las cortinas con los músculos en tensión.

Y esperé.

Sí, sí. Esperé. Un minuto, dos, incluso tres…, pero no entró nadie. Ni un alma. Cuatro, cinco minutos, y todo continuó igual.

Bueno, casi todo. La acomodadora empezaba a mirarme de forma sospechosa:

—¿No le gustaba su butaca?

—No, no… —carraspeé, sin dejar de mirar la entrada de reojo—. Estaba… estaba muy bien, sí…

—¡Ah! ¿La película, quizá?

—No, tampoco. Es muy buena, fabulosa, la he visto un par de veces…

—¿Qué sucede entonces? ¿Es un pervertido? ¿Viene al cine para espiar a las parejas…?

—¡Muy graciosa! —comenté, sonriendo inútilmente. No creo que me viera la cara en aquella oscuridad—. Oiga, ¿no ha entrado nadie detrás mío?

—¿En qué quedamos? ¿Es un pervertido o un espía…? ¿Por qué tendremos que ser tan malditamente neutrales? —se quejó de forma amarga—. ¡Todo el mundo se cree con derecho a venir aquí a solventar sus trapos sucios! ¿Por qué no se largan a sus países, eh…?

Salí del cine perseguido por toda clase de improperios. Sólo me quedaba el consuelo de saber que yo no era el único paranoico que rondaba por allí.

Atisbé precavidamente la calle. Nada, ni rastro del tipo de traje oscuro. Ni de la niña del polo, ni del vejete del bastón, ni de la oronda embarazada…

Tenía que calmarme o empezaría a ver fantasmas surgiendo de las paredes, dispuestos a reclamar mi cabeza con sus hachas ensangrentadas. No hay nada peor que una obsesión. Lo mejor sería volver al hotel, empaquetar mis pocas pertenencias y largarme con viento fresco de aquella ciudad, de aquel país, de aquel continente. Si hubiera podido, me hubiera largado del maldito planeta.

Apenas había andado un par de manzanas, cuando una sirena policiaca atronó el aire. Me pegué sudoroso a la pared, pensando que se dirigía exclusivamente a mí, sintiéndome culpable de algo que ni siquiera sabía lo que era.

Tardé unos segundos en recobrar la calma, los suficientes como para darme cuenta que la sirena no era de la policía. Un coche de bomberos pasó como una exhalación frente a mí, perdiéndose calle abajo. Iba a seguir mi camino, cuando me asaltó un extraño presentimiento. Giré sobre mis pasos y seguí la huella dejada por los bomberos. El coche se había detenido exactamente dos manzanas más allá, exactamente delante de cierto cine…

La dotación del vehículo estaba utilizando sus hachas contra la puerta, en un intento desesperado de echarlas abajo. Uno de los hombres uniformados, llegó precipitadamente junto a los demás:

—¡No lo entiendo! ¡La puerta de emergencia también está cerrada por dentro…! ¡Si no entramos enseguida, esa gente se abrasará!

El humo surgía, espeso, abundante, negro, por debajo de la puerta, mezclado con los ahogados gritos de angustia de los espectadores. Un último hachazo consiguió abrir un boquete y, por él, surgió una furiosa lengua llameante que obligó a los bomberos a retroceder.

Huí de allí como alma que lleva el diablo. No podía ayudarles y, en cambio, fácilmente me convertiría en una víctima más.

Porque yo sabía que aquel incendio no había sido casual, porque yo sabía que estaba destinado para mí, porque el tipo del traje oscuro —o la niña, o el viejo, o la embarazada, ¡qué más da!— andaría por allí, a la expectativa, intentado cerciorarse de que había tenido éxito, de que Indiana James se había consumido hasta las cenizas…

Mi única oportunidad era la rapidez, la velocidad, la improvisación. Paré el primer taxi y le pedí que me llevase hasta el aeropuerto. Tenía mi pasaporte, mi dinero y mi chaleco de cremalleras. Lo demás, lo poco que se había quedado en la habitación del hotel, podía irse a la mierda. Las cosas son reemplazables; la vida, no.

El primer avión a Nueva York no salía hasta dentro de cuatro horas. Compré el billete y me armé de paciencia, ya que no podía armarme con algo más apropiado, un tanque «Sherman» o algo así. Un aeropuerto no es una solitaria barca, una solitaria habitación, o un casi solitario cine suizo. Allí podría pasar desapercibido. Lo malo era que mi —o mis— asesinos también podrían camuflarse mejor.

¿Quién o quiénes intentaban eliminarme con tanta saña? ¿Y por qué? Cierto que, a lo largo de mi vida, me había ganado unos cuantos enemigos, pero tenía que ser alguien absolutamente despiadado y con muchos medios para preparar una caza tan sistemática.

Los vuelos fueron partiendo con monótona regularidad: Ámsterdam, Londres, Barcelona, Milán, Washington…

¡Washington! Fue una inspiración. La asociación de ideas me llevó hasta Doug Delaware, el agente de la CIA. Le había sacado las castañas del fuego un par de veces, ¿no era hora de que me retornase el favor? ¿Cómo iba a estar más protegido, mientras buscaba algún hilo de aquel ovillo, que en medio de los secretos e inexpugnables castillos de la CIA?

Me precipité hacia el mostrador de la TWA:

—¿Queda algún billete para el avión de Washington?

—Sí, pero está a punto de salir —respondió la azafata, sorprendida—. No creo que tenga tiempo de…

—¡Inténtelo, por favor!

Un rápido tecleo y tuve el billete en mis manos. Corrí como un loco hacia el control de pasaportes y la aduana. No llevaba equipaje, así que apenas me retrasaron unos segundos. Pasillos, túneles y un «Steward» que me observó llegar hasta él, absolutamente desconcertado.

—Lo siento, pero…

—¡Por favor! ¡Necesito llegar a Washington lo antes posible!

El túnel plegable ya estaba retirándose, cuando llegamos frente a la puerta del avión. Un minuto después, el aparato se situaba en posición para iniciar el despegue.

Ya en el aire, sentí que parte de mis preocupaciones, de mi angustia, quedaban atrás, en Ginebra, en el aeropuerto, entre aquellos edificios y aviones que empequeñecían a cada instante, hasta convertirse en aparentes juguetes.

De repente, mientras las turbinas del «Jumbo» atronaban mis oídos, uno de aquellos juguetes, una de aquellas miniaturas que apenas rodaba por tierra, se inflamó con un fulgor más potente que el sol en medio de una nube de fuego, salpicando muerte y metralla sobre toda la pista. Una densísima humareda negra se elevó hacia el cielo, mientras millones de litros de keroseno ardían, transformando el aparato en una ruina de hierros retorcidos.

Mi avión se zambulló entre las nubes y no pude ver nada más. Pero sabía, positivamente, con total certeza, que las noticias hablarían del atentado que había hecho estallar el vuelo 4522 Ginebra-Nueva York. *Mi vuelo*. El que habría tomado de no hacer caso a mi corazonada.

Aquella bomba era para mí, estaba seguro.

Y, a pesar del aire acondicionado, temblé de frío como un niño.

El sangriento rastro de destrucción se hacía mayor a cada frustrada tentativa. ¿Qué vendría a continuación?

CAPÍTULO III

Una vez en tierra, me dirigí al primer teléfono público que apareció ante mis ojos. Marqué cierto número de teléfono, sabiendo lo que me esperaba:

—Escuche… Sé que Doug Delaware no trabaja con ustedes, ni trabajó, ni trabajará. Sé que ni siquiera le conocen y hasta es posible que ni siquiera se conozcan a sí mismos, pero soy Indiana James y estoy en el número… —Les di el de la cabina donde me encontraba—. Muchas gracias.

Colgué sin soltar el auricular, tomando aire. No había hecho ni la más mínima pausa en mi discurso. Junto a mí, un *cowboy* con sombrero incluido, me observaba con los ojos como platos, sin atreverse a hablar. Ni siquiera a salir corriendo.

Compuse mi mejor y más forzada sonrisa.

—Llamo a mi doctor —expliqué—. Es que acabo de escaparme del Hospital Psiquiátrico y ya estoy arrepentido, ¿sabe? Allí dentro se vive mejor, más tranquilo. Éste es un mundo de locos…

El *cowboy* tragó saliva, mirando nerviosamente a un lado y a otro, sin decidirse a hacer nada. Sonó el teléfono y descolgué antes que terminase el primer timbrazo.

—Un momento, por favor… —rogué.

Me volví hacia el *cowboy*, pero ya no estaba. Un problema menos.

—¡Doug, quieren matarme! —Casi aullé—. ¡Tienes que ayudarme!

—¡Indiana, eres tú! —reconocí la voz de Doug, tal como él había reconocido la mía—. ¡Menos mal que has llamado!

—¡Claro que soy yo! ¿Quién más iba a usar un pseudónimo tan ridí…? —Me detuve en seco—. Oye, ¿qué quiere decir eso de

«¡menos mal que has llamado!»?

—Lo sabemos todo. No te muevas de ahí, pasaremos a recogerte. Tardé unos segundos en reaccionar.

—¡Indiana! ¡Indiana! —repitió la voz por el teléfono—. ¿Sigues ahí…? ¡Maldita sea, esta vez sí que se lo han cargado!

—¿Estás diciendo que sabes todo lo que me está pasando? —grité, sin dar crédito a mis oídos.

—¡Naturalmente! —Y dejó traslucir un cierto orgullo profesional en su tono de voz—. ¡Y no me des esos sustos, maldita sea! ¡No te muevas!, ¿de acuerdo?

—Pero… ¿cómo sabes dónde me encuentro? ¿No me dirás que podéis localizar una llamada en tan poco tiempo?

—¿Ah, no? —De nuevo el orgullo profesional—. Llegaremos en un santiamén.

Fue el santiamén más largo de mi vida. O, al menos, me lo pareció. No debieron transcurrir más de seis o siete minutos.

Tres enormes limusinas, negras, seguramente superblindadas, de ventanillas opacas, se clavaron en seco, al alimón, frente a la salida de los vuelos internacionales y empezaron a vomitar gente. Si hubiera estado de humor, me habría revolcado por los suelos de risa. Parecía la escena de una película cómica, de ésas en las que aparece un equipo de baloncesto, un safari y todos los extras de «Los Diez Mandamientos» del interior de un utilitario.

Una docena de hombres, todos con traje oscuro, todos con gafas negras, todos con la mano muy poco disimuladamente escondida bajo la americana, irrumpieron como *bulldozers* en la sala donde me encontraba. Se acercaron hacia mí como un muro andante y se abrieron para que surgiera, de en medio, Doug Delaware.

El agente de la CIA me palmeó amistosamente la espalda, sonriente:

—¡Chico, creí que te habían cazado en el avión!

—En el avión, ¿eh? —repetí, de muy mala uva—. Naturalmente, te estás refiriendo al avión con destino Nueva York que hicieron estallar en Ginebra, ¿no…?

—¡Naturalmente! —Corroboró Delaware, feliz de asegurarse que hablaba con un chico listo. Enseguida, se le borró la sonrisa—. Oye, ¿y cómo lo sabes tú?

—Lo vi por la ventanilla de mi vuelo, mientras ascendíamos.

—¡Ah! —Y volvió a lucir su impecable sonrisa—. Por un momento, me hiciste temer que… Bueno, no tiene importancia. Sólo perdimos dos hombres en el atentado. Si contamos el del cine, son…

—¿Traje oscuro, sombrerito y una estúpida expresión de vaca suiza? —le interrumpí. Carraspeó, antes de contestar:

—Sí, creo que sí… ¡ejem…! Por lo menos, hasta lo del sombrerito, seguro. ¿Habías reparado en él…? ¡Vaya!

Si sus hombres no formasen un cerco tan apretado en torno nuestro, con gusto le hubiera arrancado las amígdalas, manualmente y sin anestesia. Durante el santiamén que había estado esperando, habían pasado unas cuantas ideas por mi cabeza y, la mayoría, poco agradables.

—Escúchame, grandísimo hijo de perra —proseguí—. Por si no te has dado cuenta, acabas de confesarme que sabes, desde Dios sabe cuándo, que alguien intenta liquidarme, que me tenías localizado, que me tenías vigilado y que no me tenías avisado…

¿Eres consciente de todo eso?

—Sí, bueno… ¡ejem…! Más o menos…

—Gracias, me quitas un cargo de conciencia.

—¿Un qué…?

—Un cargo de conciencia… ¡por lo que voy a hacer!

Y disparé mi precioso puño contra su nariz, que estalló como una granada. No llegó a caer al suelo: el círculo de sus hombres lo impidió.

Uno de aquellos autómatas me clavó su arma en los riñones:

—¿Está seguro que hemos de protegerle?

—*Fgí* —contestó Delaware, intentando detener la hemorragia con su pañuelo—. *De bobento.*

—Y ahora vas a explicarme muchas cosas… —dije, apartando de un manotazo la molesta presión de la pistola del otro.

—Efta fien, efta fien, de acuerdo… ¡fero no aquí! —Delaware se metió en el bolsillo su pañuelo empapado de sangre—. Por si te has olvidado, corres peligro de muerte…

¡Vamos!

Y nos dirigimos en bloque hacia la salida. Si en lugar de automáticas, aquellos tipos llevasen escudos, seríamos el perfecto ejemplo de la «tortuga», aquella maniobra militar romana.

—Al menos, podrías decirme quién y por qué tiene tanto interés en mandarme al otro barrio, ¿no? —pregunté ansioso, mientras avanzábamos hacia la segunda limusina, la de en medio.

Delaware abrió la puerta, agachándose para meterse en ella, siempre sonriente:

—¿No te lo imaginas? Adelantó el pie para entrar.

—¡*Creek*!

Fue un débil crujido, apenas perceptible, pero uno de los hombres de la CIA me empujó a un lado, mientras otro estiraba de Delaware, sacándolo bruscamente del coche.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos —exclamó, agachándose—. No ha sido nada. He pisado algo, no sé, de cristal…

Presionó en el suelo con el dedo y se levantó, enseñándonos un pequeño cristalito adherido en él.

Su nariz empezó a sangrar de nuevo.

—Anda, límpiate bien —le dije, lanzándole mi pañuelo—. Nunca he podido ver cómo se desangra un cerdo. Luego, me sientan mal las chuletas…

Se apretó la nariz con él.

—Y no seas tan chapuza —seguí, señalándole el dedo—. Te has cortado con ese cristal.

—No creo, yo…

Pero se interrumpió al ver la gota de sangre que empezaba a manar de su índice:

—¡Qué raro! ¡Pero, si apenas he apretado!

La mano de Delaware empezó a llenarse de sangre. Y no toda procedía del dedo herido. De los demás, de la palma, del dorso, empezó a manar, incontenible. Parecía surgir de todos y cada uno de los poros de su mano…

—¡Dios mío! —gritó uno de sus hombres—. ¡Yo también estoy sangrando! —Era el que había tirado de él. Y extendía sus manos: rojas, palpitantes, goteando sangre imparablemente.

Cuando le miré a la cara, me estremecí. Aquello no se limitaba a las manos. Su cara, su cabeza, era un manantial rojo, viscoso, repugnante. Su impecable camisa blanca empezaba a empaparse, a tornarse rojiza, pegajosa.

—¡No veo! ¡No veo nada! —aulló otro, mientras intentaba apartar de sus ojos el caudal desenfrenado que le cegaba.

Era una visión de pesadilla. Se estaban desangrando irremisiblemente, convirtiéndose en monstruos púrpuras que derramaban su plasma sobre la calzada.

Los hombres que se habían quedado en los vehículos, hicieron ademán de salir de ellos para acudir en ayuda de sus compañeros…

… pero no tuvieron tiempo.

Apenas abrieron las puertas, quedaron frenados en seco. Se oyó el tintineo de cristales rotos y, apenas segundos después, empezaron a sufrir el mismo proceso, ante su propia sorpresa.

Alaridos estremecedores segaron el aire, a medida que se daban cuenta de lo inútil de cualquier acción. Pronto serían muñecos vacíos que se agitarían cada vez más débilmente, mientras la última gota de sangre abandonaba sus cuerpos.

Yo permanecía inmóvil, atónito ante el macabro espectáculo, sin saber cómo reaccionar.

Sentí un tirón en mi pantalón y estuve a punto de lanzar un grito de horror al ver la figura sanguinolenta que se aferraba desesperadamente a una de mis perneras. Era Delaware.

—¡Han sido ellos…! ¡Ellos…! ¡Ampollas de gas químico!

Si tenía razón, el empujón que me habían dado segundos antes, apartándome del coche, me había salvado la vida.

—¿Quiénes son ellos, Doug?

—¡Vete… Indiana…! ¡Sál… vate…!

La patética figura no tuvo fuerzas para seguir sujetándose a mi pierna.

—¿Quiénes son, por todos los dioses…? ¿Quiénes son? —aullé, desesperado.

—Ellogs… ggggg…

Yo también estaba empapado de sangre. ¿Mía o de Delaware? ¿Había aspirado una parte del gas y por eso había tardado en hacer efecto la reacción? Nunca hasta entonces miré con tanta atención mis manos y la sangre que las cubría. Tardé segundos, un tiempo infinito, en convencerme de que mis poros no vertían más que un sudor frío y acuoso.

Nuestros atacantes, fueran quienes fuesen, no tardarían mucho más en comprenderlo también. Di media vuelta y corrí de nuevo hacia el aeropuerto, Si había escapado una vez tomando un avión, quizá consiguiera repetir la jugada.

Apenas había llegado al vestíbulo, comprendí que ya era demasiado tarde. No querían repetir su error y habían copado todas las vías de escape.

La gente se apartaba de mí con una mezcla de horror y asco ante mi aspecto. Ellos, no. Allí estaban, visibles para quien supiera cómo y dónde mirar.

Eran media docena.

Y estaban empezando a cerrar el cerco.

Capítulo IV

Formaban círculo en torno a mí. Silenciosos. Amenazadores. Decididos.

Decidí jugarme el todo por el todo y cargué contra el que tenía más cerca, prácticamente frente a mí. Con tranquilidad, con parsimonia, seguro de que no podría llegar hasta él antes de que hiciera su movimiento, sacó la mano del bolsillo y me apuntó con una extraña pistola.

Intenté intuir el momento en que apretase el gatillo para esquivar el proyectil en una maniobra imposible, pero no tuve necesidad. De pronto, increíblemente, el hombre se quedó congelado con una expresión de sorpresa y dolor en sus ojos. Se desplomó en mis brazos, literalmente. Palpé sin querer su espalda y sentí el tacto caliente y viscoso de la sangre.

No tenía tiempo para pensar qué demonios estaba sucediendo allí. Los demás, alertados por mi carga y la extraña actitud de su compañero, convergían hacia mí. Le arrebaté de un tirón el arma, una especie de pistola de aire comprimido, y me dejé caer al suelo apretando el gatillo contra toda figura que se acercase. No sentí ningún retroceso, sólo leves «¡*plops*!» ahogados. Reprimí un escalofrío al pensar que estaba disparando las ampollas que contenían el gas provocador de las incontenibles hemorragias sanguíneas.

Noté un movimiento a mi derecha y me giré de inmediato. No llegué a disparar. En ese momento, el tipo se dejaba caer de rodillas, blandamente, sin fuerzas para sujetar siquiera la pistola, con la garganta totalmente seccionada de oreja a oreja…

… ¡*pero no vi a nadie en veinte metros a la redonda*!

Una especie de relámpago cruzó por delante de mis ojos, de

derecha a izquierda y el último de mis atacantes lanzó un grito desgarrador mientras se abría un profundo surco en su muslo derecho, como el poderoso tajo de una espada invisible, lanzando una explosión de sangre a los cuatro vientos.

No le di tiempo a rehacerse. Vacié el cargador de mi pistola en su pecho.

Me levanté, atontado, como un espectro sanguinolento, como un furioso ángel vengador dispuesto a reclamar las negras almas de sus víctimas. Me sentía enfermo por aquella ciega explosión de violencia a la que no encontraba ningún sentido. ¡Si al menos supiera a quién representaban y por qué no dudaban en exterminar a cuanto ser viviente les saliera al paso, con tal de verme muerto a mí! ¿Y mi misterioso ángel guardián? ¿Por qué me protegía una y otra vez? ¿Por qué no salía a la luz? ¿Cómo diablos actuaba tan invisible y eficazmente?

Paseé la mirada por el vestíbulo intentando descubrirle, pero fue inútil. Sin contar a los misteriosos asesinos, sólo pude ver a una temerosa madre que mantenía a sus dos hijos pequeños bajo ella, en el suelo, en un gesto protector; una amedrentada oriental, una chinita —o japonesita, no sé—, casi una niña, con el miedo reflejado en sus ojos; y dos enormes negros, que mantenían frente a sí un gigantesco radiocasette, como si fuera un talismán vudú capaz de protegerles de la locura del hombre blanco. Y, sí, también el culo de mi *cowboy* del teléfono, emergiendo de detrás de un sofá.

Los demás habían tenido tiempo de huir. Y mi salvador se habría camuflado entre ellos. Una explosión —no, más bien una brusca llamarada— se dejó sentir a mi lado. El cuerpo de uno de los asesinos empezó a arder espontáneamente como si, en lugar de carne, estuviera hecho de fósforo. Uno tras otro, todos los hombres estallaron en llamas, anulando cualquier posibilidad de extraer alguna información de ellos, siquiera de sus cadáveres.

Decidí evaporarme de allí. Las explicaciones podían ser harto embarazosas y no tenía ninguna garantía de que podrían mantenerse con vida. Pero ¿dónde ir? ¿Dónde estar seguro y a salvo de aquella tenaz y extraña persecución?

Primera etapa: Nueva York. Si quería desaparecer una buena temporada, allí conservaba cosas que me eran imprescindibles… aunque sólo fuesen a nivel monetario.

Con todo aquel jaleo, era muy posible que los viajes aéreos quedasen aplazados mucho tiempo, demasiado. Además, mis «amigos» podían recibir refuerzos. Salí al exterior, guardándome en el bolsillo la extraña pistola y me dirigí a un taxi.

—Amigo, lléveme a la estación más cercana de… —Iba a hacer una tontería. Si prácticamente me habían estado esperando en Washington, ¿por qué no suponer que también vigilaban trenes y autobuses? Por lo que a mí respectaba, una carnicería diaria era el límite.

—¡Eh, Mac! —exclamó el taxista—. Los clientes suelen decirme dónde quieren que les lleve, antes de dormirse.

—¿Qué le parece Nueva York? —pregunté.

—Una ciudad estupenda… ¡Si se está lo suficientemente loco!

—Yo lo estoy. Incluso lo suficiente como para ir hasta allí en taxi, ¿de acuerdo? El taxista movió pesaroso la cabeza.

—Mac, eso le costará un riñón.

—Puedo pagarlo —podía. En aquel momento, el dinero era la menor de mis preocupaciones.

—No me tome el pelo, Mac.

—No le tomo el pelo. Soy neoyorquino, ¿recuerda?

—¿Sabe qué estoy pensando, Mac? Sería muy divertido llegar a Nueva York y no poder cobrar después. Un típico chiste de neoyorquinos, pero yo no le encontraría maldita la gracia.

Aquella conversación empezaba a tomar tintes surrealistas.

—*Okay* —acepté, tirándole varios billetes de cien dólares en el asiento delantero—. Ahora, en marcha. Despiérteme cuando lleguemos.

Apenas había arrancado el taxi, cuando empezaron a oírse las sirenas de la policía. Me dormí arrullado por ellas.

CAPÍTULO V

Cinco horas después, desperté con la silueta de las torres gemelas del World Trade Center recortándose en el parabrisas delantero del vehículo.

Mi sueño había estado plagado de sangre y de muertos que aparecían y desaparecían. Me dolía la cabeza y no podía pensar con claridad… si es que alguna vez lo había hecho.

Me despedí del taxista varias manzanas antes de llegar a mi apartamento y caminé alerta, escrutando con dos ojos todo lo que podía moverse —u ocultarse— por delante de mí; con dos más, todo lo que dejaba atrás; y me reservaba la otra media docena para vigilar a derecha e izquierda Pero, quien conozca Greenwich Village sabe que, ver en sus calles algo anormal o extraordinario es pan de cada día. Para descubrir algún posible enemigo, hubiera debido ir vestido con un traje impecable. Era la única forma de llamar la atención.

Estaba a punto de penetrar en mi apartamento, cuando me asaltó la duda. ¿Qué tontería estaba haciendo? ¿Cómo se me había ocurrido presentarme así, sin más, en casa? Me conocían lo suficiente como para saber dónde se encontraba mi apartamento, por más que apenas recalase en él… ¿Y si me estaban esperando dentro? ¿Acaso no lo habían hecho en el hotel de Ginebra?

Di media vuelta, pero sin avanzar un paso. ¿Y si estaban fuera, esperándome? ¡Sería un blanco perfecto!

¡Mierda, en mi vida me había sentido tan inseguro! Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar, para forjar un plan coherente, para medir mis pasos meticulosamente, para trazar una ruta segura de escape, para encontrar un lugar perdido, lejos siquiera de beduinos o antropófagos.

Seguí ascendiendo hasta el tejado. Billy Sienkiewicz, uno de los chicos que vivía en la escalera, había construido un palomar y, junto a él, se había prefabricado un pequeño cuartito con poco más que unos colchones viejos que sirvieran de sofás y cama. La excusa era el cuidado y vigilancia que necesitaban las palomas. La realidad era menos altruista: un típico «picadero» de adolescente.

Rogué porque no estuviera en él. Y, mucho menos, «ocupado». Lo que menos deseaba era implicar a más amigos en mi problema. Abrí la puerta del tejado y atisbé precavidamente. Estaba anocheciendo, pero quedaba suficiente luz para darme cuenta de que todo estaba desierto. A excepción de las palomas, claro.

Me deslicé al interior del improvisado cobertizo y me senté en los colchones, pegando la espalda a la pared. Al menos, desde allí, podía vigilar la puerta. No habría ataques por sorpresa.

Saqué la pistola del bolsillo y trasteé un poco en ella. Era sofisticada, pero no tanto como había pensado. Un modelo parecido a los rifles de aire comprimido con los que se inyectan calmantes a las fieras. Sólo que, los proyectiles que disparaba esa arma, eran mucho más terroríficos que cualquier somnífero y, ellos sí, revelaban que tras los asesinos se encontraba una poderosa organización, capaz de realizar investigaciones químicas o bacteriológicas que no estaban al alcance de todo el mundo.

Un crujido me alertó. Un crujido procedente de la puerta que daba al tejado. ¿Billy, o…?

Me pegué con desesperación al muro del cobertizo, intentando fundirme con las cada vez más negras sombras.

La puerta se abrió lentamente, con un largo y penetrante quejido. La luz de la escalera enmarcó una figura, pequeña, menuda, de pelo largo, sedoso y brillante.

La figura abrió los brazos, como mostrando sus deseos de parecer inofensiva, desarmada, y dio un paso al frente. Era una mujer, una niña casi, china —o japonesa, no sé—, con un par de enormes ojos negros. Luché con mi memoria, intentando recordar dónde la había visto, ya que me parecía muy familiar…

¡El aeropuerto!

Mi expresión debió resultar elocuente a pesar de las sombras, pues la chiquilla sonrió ampliamente, asintiendo con la cabeza.

—Sí, en Washington —confirmó.

—Pero… pero… —balbucí.

—Ha sido muy estúpido por su parte, señor James. Su venida aquí, precipitará los acontecimientos. Una lástima.

Iba vestida con uno de esos abrigos modernos, amplios, informes, que apenas dejan adivinar lo que se esconde bajo ellos. Sin dejar de sonreír, metió la mano en uno de sus bolsillos y yo me envaré, alarmado, a punto de saltar sobre ella. No hubiera tenido tiempo de hacer nada y ella lo sabía.

Sacó un enorme revólver en su mano. Si no era un «44», poco le faltaba. Lo sopesó unos segundos y me lo lanzó:

—Supongo que esto le tranquilizará un poco.

Lo cogí al vuelo y no perdí un segundo en comprobar si estaba cargado. Por mí, podía pensar que era un desconfiado, no me importaba. ¿Qué hubieran hecho ustedes?

Sin dejar de sonreír, la chica me alargó una caja de balas.

—Las necesitará. Esta vez, se jugarán el todo por el todo cuando ataquen. Instintivamente, me volví hacia la puerta que daba al tejado, cubriéndola con mi arma.

—No, no vendrán por ahí —dijo ella, suavemente. Su voz era dulce y tranquila. Apenas movía los labios, pero podía oírla claramente.

—Entonces… —Miré a mi alrededor—. ¿No pensarán escalar la fachada del edificio?

—No.

La situación estaba empezando a resultar grotesca. Aun a mi pesar, no pude evitar que se me escapase una sonrisa.

—Entendido —acepté—. Pedirán permiso al Control de Tráfico Aéreo de Nueva York para que permitan que un B-52 sobrevuele la ciudad y nos descargarán encima una división de paracaidistas… ¡Perfecto! ¡Para cuando desciendan, ya estaré explorando el Amazonas!

—No creo que le de tiempo, señor James —y extendió un brazo para señalar al cielo—. Ya están aquí, ¿no los ve?

Durante un momento, quedé cegado por el sol poniente. Sobre su resplandor, se movían dos enormes moscas negras, ruidosas…

No, no eran moscas. El ruido de las aspas llegó hasta mis oídos: eran helicópteros. Y se acercaban deprisa.

—¡Larguémonos de aquí! —grité.

La chiquilla se limitó a mantener su sonrisa imperturbable.

—Demasiado tarde.

Y, con un rápido movimiento, se despojó del abrigo. Debajo, no llevaba nada. O casi nada. Sólo un «*body*» negro y ajustadísimo, como una segunda piel. Y un cinturón lleno de las más extrañas armas que había visto hasta entonces, si exceptuamos en las películas de karatekas «made in Hong Kong»; un conjunto de estrellas de acero llamadas «shurikens» y un par de extraños cuchillos con mangos en forma de «U».

Y no era ninguna niña. Me bastó el primer vistazo para darme cuenta. Su cuerpo seguía siendo menudo, pero perfecto. No «*sexy*», no espectacular, no hollywoodiense, sino clásicamente perfecto, equilibrado, musculado, felino, duro.

No sé qué cara de imbécil debí poner, pero su sonrisa oriental tomó aspecto francamente burlón.

—Tenemos algo más de lo que preocuparnos, señor James —y desvió sus ojos hacia el cielo.

Debía haber estado absorto más tiempo del que pensaba, ya que los helicópteros se encontraban casi exactamente sobre nosotros. Eran dos enormes aparatos de transporte y, en ese momento, empezaban a soltar su carga. Pero no eran paracaidistas, ni hablar. Tal presunción era un insulto a la sofisticación que habían sido capaces de mostrar mis enemigos.

Los hombres llevaban una mochila impulsora en la espalda, sus propios aparatos de vuelo individual. Incapaz de recorrer largas distancias, pero muy útiles para descender hasta el tejado. Y muy rápidos.

Me volví hacia mi extraña y sorprendente asociada, pero ya no la encontré junto a mí. Había desaparecido.

Y no pude entretenerme en buscarla.

Una docena de hombres descendían velozmente hacia el tejado. Y, de los helicópteros, seguían saliendo más y más.

Tomé aire, alcé la pistola y apunté a los más cercanos. No llegué a disparar.

Tras de mí, siseó el aire y unos relámpagos de luz se alzaron hacia los recién llegados. Esta vez, comprendí de qué se trataba: los «shurikens».

Uno, dos, tres hombres, se agitaron un instante en el aire, antes de quedar inmóviles, a merced de sus aparatos. Uno pasó por encima de mí y se perdió entre los tejados; el segundo me recordó el vuelo errático de un globo hinchado al que se ha soltado de repente y terminó proyectándose hacia el edificio de enfrente, donde desapareció en medio de una cegadora explosión; el tercero cayó a pocos metros de mí y fue arrastrado por su mochila impulsora hasta chocar con un muro.

Tres a cero, no era un mal comienzo.

El «Magnum» 44 tronó en mis manos, lanzando mensajes de muerte a todo el que intentaba acercarse. Pero, para entonces, los atacantes se habían dado cuenta de que no se las veían con un pobre idiota, desorientado y desarmado. Y, naturalmente, tenían sus propias armas.

Un diluvio de plomo cayó a mí alrededor. Sentí un impacto en el brazo izquierdo y miré aterrorizado, buscando los restos de una mortífera ampolla de cristal. No los descubrí. La ardiente quemazón de la herida me hizo comprender que, esta vez, utilizaban armas normales.

¡Si seré estúpido que hasta me alegré!

No hubiera podido seguir haciendo el idiota si la chica, surgiendo de improviso de su escondite tras el palomar, no se hubiera lanzado sobre mí como una exhalación, empujándome hasta la escalera de acceso al tejado. Un segundo después, el lugar que ocupaba, saltaba hecho pedazos por una ráfaga de automática.

Varios hombres habían conseguido aterrizar suavemente en el tejado, a pocos metros de nosotros. Una estrella de acero silbó junto a mi oído y vi cómo uno de ellos se llevaba las manos a la garganta, mientras el cuero cabelludo de su nuca se rasgaba para dar paso a la estrella, esquirlas de hueso, sangre y sesos.

Mientras el resto se desprendía de las mochilas-cohete, una especie de pelota plateada voló hacia nosotros. Me dejé caer sobre la chica instantes antes que la granada hiciera explosión, muy cerca de los dos, barriendo parte de la escalera y lanzándonos una nube de cascotes encima. Todavía intentaba aclarar mi cabeza, cuando me di cuenta que ella ya no se encontraba debajo de mi. Antes que el humo se hubiera aclarado, se había lanzado contra ellos, con ambos cuchillos en la mano.

Un par de gritos secos, unos cuantos gemidos ahogados y sólo estuvo ella en pie, en medio de un círculo de cadáveres.

No se preocupó por las armas de los caídos. Yo, sí.

Me apoderé de una de las ametralladoras y barrí el cielo de derecha a izquierda, apretando el gatillo como un poseso. Las estelas de las mochilas cohete se cruzaban en el cielo, a la deriva, arrastrando, nunca mejor empleada la expresión, su peso muerto.

Los atacantes seguían surgiendo de las entrañas de uno de los helicópteros, pero el otro parecía haber vaciado toda su carga. Empezó a dar media vuelta, mientras la chica me lo señalaba.

—¡Derríbalo!

«¡Derríbalo!», así de fácil, como si de cazar pichones se tratase. Descargué una ráfaga, pero no pareció causarle el menor daño. Ella me fulminó un instante con su mirada, antes de desenroscar rápidamente de su cintura un fino cable, rematado, en ambas puntas, por pequeños garfios. Ancló uno de ellos en un conjunto de tuberías cerca de nosotros e hizo girar el otro extremo sobre su cabeza como si fuera un lazo.

El helicóptero nos daba ya la cola y empezaba a alejarse, cuando lanzó el garfio. Creí que fallaría, pero terminó enroscándose en una de las patas del aparato. Estaba tan ensimismado, que no preví las consecuencias. El cable se tensó, se mantuvo un instante y terminó arrancando de cuajo las tuberías, que salieron disparadas, golpeándome las piernas y derribándome como si fuera un pelele. A través del velo rojo del dolor, vi cómo el helicóptero seguía su avance, pero oblicuamente, desequilibrado. Intentó enderezar el rumbo, elevarse para esquivar el edificio que tenía frente a él, pero no pudo conseguirlo.

Primero, golpeó de costado contra la pared; después, fue deslizándose entre el fragor de hierros retorcidos, de cristales rotos, de plásticos despedazados, hasta estrellarse contra el suelo. Rogué porque los viandantes hubieran tenido tiempo de apartarse.

La chica se arrodilló junto a mí:

—¡Vete, ya no eres útil!

La maldije con todas mis fuerzas, antes de protestar más coherentemente:

—¡No puedo caminar! ¡Todavía no! ¡Dame un minuto!

—¡No! ¡Colócate una de esas cosas! —Y señaló las mochilas

voladoras que permanecían abandonadas en el tejado.

—¿Estás loca?

Hicimos una pausa, mientras se enfrentaba a dos de los hombres que habían conseguido llegar hasta nosotros. Trazó un arco con un brazo y vi aparecer las tripas del fulano por el tajo en su estómago. Reprimí una arcada.

Proyectó su pierna hacia delante y hundió el talón en el pecho del segundo. Cuando el tipo se dobló en dos, dejó caer el otro brazo rematado por su cuchillo. El cuello no resistió el impacto y la cabeza se desprendió de sus hombros, chocó con el suelo y rodó suavemente hasta quedar a pocos centímetros de mis ojos.

Aquello me decidió. Si tenía que morir, prefería hacerlo lejos de allí. Ya no resistía más aquella escena dantesca.

Vacié mi arma en un rápido barrido para conseguir unos segundos de respiro. Ella comprendió lo que pretendía, porque se acercó a mí con una mochila en las manos y me ayudó a pasar los brazos por las cinchas. Ya estaba preparado, pero… ¿preparado para qué? ¡No tenía ni la más mínima idea de cómo manejar aquel chisme!

—Lo he pensado mejor —apunté—. Me quedo.

—¡Vete o todo esto no habrá servido de nada!

—¿Cómo quieres que me vaya?… ¡No sé cómo funciona!

—¡Improvisa! —gritó. Y apretó algún botón con la palma de su mano porque, al instante, sentí que ascendía lentamente por los aires.

De ambos lados de la mochila, surgían una especie de brazos, rematados por una sección llena de botones y luces de colores. Me aferré a ellos y empecé a tocar uno tras otro, sin pausa. Resultado, me convertí en una peonza descontrolada, girando sobre mí mismo, cada vez a mayor velocidad.

—¡Volveremos a vemos! —gritó una voz por debajo de mí.

Intermitentemente, por culpa de mis giros, pude darme cuenta que la chica desaparecía por el hueco de la escalera. La sorpresa me dejó un segundo paralizado. Se iba. Me dejaba. Me abandonaba. ¿Por qué? ¿Para eso había insistido en que me colocase aquel cacharro infernal? ¿Para matarme yo mismo y no darles el gustazo a los demás?

Seguí apretando, botones y conseguí detener el giro. ¡Ojalá no lo

hubiera hecho! Allí quieto, suspendido en el vacío, a varios metros sobre el tejado, pude distinguir perfectamente cómo los supervivientes de la matanza, ni siquiera se daban prisa para liquidarme. Salieron de sus escondrijos tranquilamente, convergiendo hacia mí, preparando sus armas, apuntándome con ellas, sonrientes.

Había agotado los controles de la derecha, así que probé los de la izquierda. Sentí un tirón en todo mi cuerpo y me vi proyectado hacia delante, rebasé el parapeto del tejado y seguí en línea recta sobre la calle, a casi cien metros de altura.

«¡Dioses, que no se estropee ahora!», pensé.

Pronto deseé lo contrario. Me dirigía directo al edificio de enfrente, cada vez a mayor velocidad. Sabía qué botón me había puesto en marcha y apreté los demás. Empecé a trazar una curva hacia la derecha, pero demasiado suave, demasiado abierta… ¡iba a chocar de todas formas!

Y lo hice.

Impacté contra una enorme vidriera y entré como una exhalación en una especie de despacho —tampoco pude fijarme demasiado— vacío y con tres hermosas paredes cerrándolo.

Levanté los brazos y enterré mi cabeza bajo ellos. Choqué con una de las paredes, sentí que mi brazo se hacía pedazos y reboté contra el muro del fondo.

Esta vez, no tuve «tanta suerte». Lo embestí como un obús, haciéndolo añicos y cayendo al suelo como un cascote más.

Algo debía haberle pasado a mi impulsor, pues no funcionaba. Ni yo tampoco. Empecé a caer en el típico pozo sin fondo, luchando inútilmente por conservar cualquier resto de consciencia, por escalar los muros de ese pozo negro y eterno.

Lo último que vi, fue a una pareja de «mis» asesinos entrando por la ventana que había destrozado.

No serían ellos los que me ayudarían en la escalada.

Lo último que recuerdo, es que esbocé una amarga sonrisa mientras me despedía del mundo.

CAPÍTULO VI

Es obvio que no me mataron.

Tengo experiencia en despertar magullado, dolorido y echo un desastre, así que no le di la menor importancia a los miles de punzadas que recorrían mi maltrecho cuerpo. Me preocupaba más saber dónde diablos me encontraba y por qué seguía vivo.

Estaba sentado en un comodísimo sillón con un brazo en cabestrillo, enyesado y torturante. Ése era el machacado durante mi corto e intenso vuelo. El otro, el del tiro, sólo estaba vendado, pero quemaba como un demonio.

Frente a mí, tenía un gran ventanal que se extendía de pared a pared —unos doce metros— y de suelo a techo. Y Nueva York parecía encontrarse a mis pies. Seguramente, debía estar en uno de los más altos pisos del World Trade Center. No diré que no sea una vista apasionante, pero ya me la tenía más que sabida, así que moví los pies para que el sillón girase.

Parecía la típica sala de reuniones de cualquier consejo de administración que se precie. Una larga y pulida mesa, salpicada de carpetas de cuero y flanqueada de sillones —menos confortables que el mío, debo reconocerlo—. Las paredes estaban paneladas de madera con unos cuantos cuadros —horribles— colgando de los muros.

Al otro lado de la mesa, dos tipos: uno sentado y otro de pie, tras él, junto a la puerta. Un guardaespaldas, evidentemente. Aunque no tenía aspecto de tal. Era grande, pero no parecía excesivamente amenazador… hasta que le mirabas a los ojos. Orientales, como su tez. Aquello me hizo recordar a mi chinita, pero la aparté de mi mente. Una cosa por vez.

El otro, el que parecía el jefe, era el absoluto contraste del

oriental. No podía saber su estatura, pero era evidente que le sobraban unos cuantos kilos. Sus gafas de montura dorada, sus sienes plateadas y su expresión afable, le daban el aspecto menos peligroso que imaginarse pueda. A no ser que se considere peligroso el aspecto del 90% de los ejecutivos del país.

Me sonrió cordialmente:

—Buenos días, señor James.

—¿Lo son? —contesté, sin devolverle la mueca.

—Debo decir que, en gran medida, depende de usted.

—Me alegro. Ya es hora que algo dependa de mí en esta historia de locos.

Frunció el ceño. No sabía exactamente por qué, pero mi respuesta no le había gustado.

«¡Que se joda!», pensé.

—Esta historia… «de locos», según sus propias palabras, la empezó usted, señor James.

—¿Ah, sí? —Cada vez entendía menos, lo cual no era nada raro —. Pues si puedo hacer algo para terminarla, cuenten conmigo.

—¡Ah, ése es el espíritu, señor James! ¡Para eso le trajimos aquí!

—¿Y puedo saber dónde es «aquí»? —Era un tiro a ciegas, pero…

—A una de nuestras muchas oficinas.

Bien por la diplomacia y el tacto. Decidí tomar la línea recta.

—¿Las oficinas de *quién*?

Había vuelto a fallar la respuesta del concurso y papá volvió a enfadarse:

—No tengo sentido del humor, señor James.

—Yo, sí. En mi otra vida, al menos. Todavía no estoy seguro sobre esta reencarnación.

—En su anterior reencarnación, señor James —y su sonrisa, esta vez, era helada— nos causó muchos problemas. Espero que su actitud cambie en ésta…

Lo cual me dejaba sin saber quién diablos eran aquellos palizas.

—Yo no diría tanto… —aventuré.

—No se haga el modesto, sabemos que no lo es. Por su culpa, falló nuestro plan para controlar los satélites de defensa norteamericanos; por su culpa, no pudimos hacernos con la emisora espacial más sofisticada que jamás se haya construido…

Seguía hablando, aunque ya no hacía ninguna falta. Bastaban aquellas dos alusiones para que apareciera un nombre en mi mente, brillante y reluciente como un rótulo de neón en medio de un túnel: *Elektra*.

Tenía que haberlo supuesto, claro…, de haber dispuesto de un minuto de respiro.

Una vez averiguado lo que me interesaba, me había desconectado por completo de lo que aquel «ejecutivillo» estaba diciendo, pero algo me hizo reemprender el hilo.

—… quedó destruida nuestra planta de investigación sudafricana —¿de qué diablos estaba hablando?—; por su culpa, perdimos muchos agentes de Ginebra y Washington; y, finalmente, también por su culpa, nuestra Unidad Aeroespacial Autotransportada necesitará ¡empezar otra vez de cero…!

—Dicho así, de carretilla, hasta yo estoy impresionado de mí mismo —reconocí—. Pero se ha equivocado en una cosa. Ese asunto de Sudáfrica, no fue cosa mía, sea lo que sea.

—No se moleste en negarlo. Sabemos que fue usted.

—Le aseguro que…

—¡No estamos aquí para discutir molestos detalles, señor James! —Y descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Está bien, está bien! Entonces, me gustaría saber para qué estamos aquí. Las últimas noticias que tengo, eran que intentaban eliminarme a toda costa…

—Usted se había convertido en una… molestia bastante desagradable, señor James. No le negaré, sería estúpido, que nuestra intención era liquidarle. Rápida, silenciosa y eficientemente. Por desgracia, no pareció muy dispuesto a colaborar…

—No me lo censurará, ¿verdad?

—Al contrario. Quizá, hasta se lo premie.

Mi vida parecía haberse convertido en un perpetuo homenaje al absurdo.

—Verá… —prosiguió—. Esto es un negocio, señor James. Elektra se dedica a aquellas ramas de la investigación que los gobiernos no quieren, o no pueden, sufragar. Principalmente, técnica aeroespacial e investigación bacteriológica. Una vez conseguidos resultados, esos mismos gobiernos se sienten muy

felices pagando un precio razonable por los productos que ponemos a su alcance. Pero no siempre somos muy bien comprendidos y necesitamos disponer de una fuerza… digamos, de choque, capaz de solucionar esos problemas de «entendimiento»…

—Tengo buenas pruebas de ello —reconocí, reprimiendo un escalofrío.

—Ha demostrado ser un elemento valioso, señor James. Como le dije, esto es un negocio y procuramos contar con el personal más eficiente posible. Su demostración en los tejados neoyorquinos nos hizo cambiar de idea sobre la oportunidad de liquidarle. Afortunadamente, pudimos enviar la contraorden a tiempo.

—¿Están haciéndome una oferta para que trabaje con ustedes? —pregunté, atónito.

—Y muy sustanciosa.

—Oh.

Bueno, bueno, bueno. Que esto les sirva de lección. Si alguien les amenaza, les persigue, les dispara, les golpea, les aplasta, les apabulla, les machaca, les hace volar por los aires, les perfora un brazo, les rompe el otro y les tortura sicológicamente —por muy «*snob*» que suene esto último— ya saben: resistan y devuelvan ojo por ojo y diente por diente. Ya ven, acabarán siendo hermanos de leche.

—¿Y si me negase? —aventuré, débilmente—. ¿Me torturarán para arrancarme el «sí, quiero»?

La carcajada que soltó aquel fulano todavía debe estar dando la vuelta al mundo. Asómense a la ventana y quizá la oigan.

—¡Vamos, señor James! No se ofenda, pero usted no es ninguna eminencia, no tiene ningún secreto que nos interese, ninguna información que nos sea de suma utilidad…

¡No tenemos por qué torturarle! Si se niega, no le tocaremos ni un solo pelo… Suspiré aliviado.

—… hay miles de formas de matarle sin tener que tocarle ninguno. El suspiro se me atragantó en la garganta.

—¿Tengo alternativa? —pregunté con un hilo de voz.

—Por supuesto. Rezar para que su tercera reencarnación sea más afortunada. Esta segunda le habrá durado muy poco.

¡Vaya! ¡Y decía que no tenía sentido del humor!

—En ese caso… —empecé a decir.

El guardaespaldas se envaró de repente, girando ligeramente la cabeza en dirección a la puerta. Repentinamente, todos sus músculos se habían endurecido; todos sus nervios, tensado. Si había pasado por mi cabeza el intentar abrirme paso por la fuerza, procuré enviar la idea al más recóndito de los rincones mentales. Aquel tipo era un perro de caza. Estaba seguro que me hubiera despedazado en cuanto moviera las cejas.

Pero, aquel cambio, no se debía a mí. Para él, ni siquiera existía cuando miró a mi «ejecutivo»:

—Está aquí —exclamó. O eso creí. Dejando aparte su horroroso acento, el tono de voz era tan grave y gutural que apenas le entendí.

—¿Ella? —preguntó a su vez, el «Negociante Generoso».

—¿Quién más? —contraatacó el japonés. Y dejó escapar un espantoso siseo que, deduje, era su risa. El chiste debía haber sido formidable para conseguir tal efecto, pero necesitaba que me lo explicasen de nuevo para captar su sutileza.

—No podrá llegar hasta aquí —dijo «Sienes Plateadas» con autosuficiencia—. Hay quince hombres en la planta y están armados hasta los dientes. Ellos la detendrán.

El oriental soltó de nuevo su siseo:

—No han podido. Está junto a la puerta.

Me pareció que las cosas de mi interlocutor se multiplicaban rápidamente. El otro, sonrió.

—Entra —susurró.

La puerta se abrió lentamente, empujada desde fuera. Apenas se habían separado las dos hojas unos cuantos centímetros, la mano del japonés se disparó en un movimiento seco y preciso y algo se desprendió de ella. Yo sabía qué. Se escuchó un ruido sordo, pero la puerta siguió abriéndose, dejando pasar un cuerpo.

Era uno de los hombres de Elektra. Lo adiviné por el crujido de mandíbulas de «Papá Canoso». En su pecho brillaba una flor roja que se iba haciendo más y más grande. No pude saber cuánto. El hombre cayó de bruces como un fardo.

Tras él, se hallaba una menuda figura. «Ella». Mi sempiterna salvadora.

No miró hacia mí o hacia el gordito. Sus ojos se mantenían clavados en el japonés. Cruzada sobre su espalda, como si fuera un

arco, descansaba una espada, una *katana* japonesa. El rostro del oriental se iluminó de alegría al verla.

—Sea —fue su único comentario.

Se dirigió a la pared y apretó un resorte oculto. Un panel se descorrió a un lado, dejando ver un par de espadas, semejantes a las que llevaba la chica. El japonés cogió una de ellas y pareció presentarla a su antagonista como si buscase su aprobación.

—No eres digno de ella —comentó la chica, sin expresión—. La devolveré al lugar que le pertenece.

—Tendrás que matarme —afirmó el japonés.

—Por supuesto —sentenció la chica.

Y desenvainó su propio sable, apuntando con él a su oponente.

Ninguno de los dos se movió por espacio de un largo minuto, dando a la escena un ambiente irreal. Allí estaban, dos actores de una representación que se adivinaba mortal para uno de ellos, frente a un público atento, inmóvil, en sendas butacas, apostando mentalmente por su preferido.

Un grito rompió el estatismo de la situación y precedió al ataque de la chica. Hizo girar su espada en el aire a una velocidad increíble, amagó a la derecha y lanzó un tajo a la izquierda. El japonés no mordió el anzuelo, pero tanto podía haber sido por inteligencia, como por lentitud… ¡Ni siquiera intentó apartarse!

Apenas movió su espada a un lado, bloqueando el golpe, sin sacarla siquiera deja funda. A renglón seguido, en el mismo movimiento, adelantó la empuñadura golpeando el rostro de la chica que cayó rebotada hacia atrás.

Me levanté en un movimiento inconsciente, a tiempo de ver la negra boca del cañón de una pistola apuntándome entre ceja y ceja. Era de mi «futuro» patrón, claro.

—¡Tsch, tsch! ¡No se inmiscuya, señor James! —me reprobó, como si fuera un crío pequeño—. Éste es un asunto particular.

Al menos, aquella distracción había permitido un respiro a la chica.

El baile empezó de nuevo. Y casi en sentido literal. En vez de luchar a muerte, parecía que danzaban. Ambos orientales daban vueltas alrededor de sí mismos, estudiándose mutuamente. El hombre seguía con su arma envainada como muestra de autoconfianza.

La chica atacó de nuevo y, esta vez, sí obligó al hombre a moverse. Pero no le tocó… aparentemente. Cuando se separaron, la pechera del japonés estaba completamente cortada en dos. No obstante, no pude advertir ni una sola gota de sangre.

Aquello no le había gustado al tipo. Sus ojos se entrecerraron todavía más, si eso era posible, y flexionó las piernas como dispuesto a saltar sobre su contrincante. La chica no le dio oportunidad. Volvió a atacar con celeridad, pero su movimiento volvió a ser bloqueado. Antes de poder recuperar el equilibrio, el hombre hundió la funda de la *katana* en el estómago de ella, levantándola rápidamente para percutir en su mandíbula.

La chica retrocedió trastabillando, visiblemente atontada, recibiendo golpe tras golpe, en hombros, cabeza, torso, hasta que hincó una rodilla en tierra. Entonces y sólo entonces, la espada del japonés salió de su funda, describiendo un rápido arco hasta que quedó apuntado al techo.

Esperé unos agonizantes segundos a que descargase el golpe mortal, pero no lo hizo. Se limitó a permanecer erguido, con la espada levantada, exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

Pronto supe por qué. La chica llevó su mano al costado y la retiró llena de sangre.

¡Dios, no había podido verlo, pero la hoja había mordido carne!

El japonés pasó al ataque, lanzando cortos y rápidos tajos, obligando a retroceder a la chica, más y más, hasta que chocó con la masa y cayó sobre ella. Apenas pudo apartarse lo suficiente, rodando sobre sí misma, como para esquivar la estocada definitiva. La *katana* del hombre pasó a través de los diez centímetros de madera como si fueran de mantequilla, antes de trazar un arco lateral.

Ella levantó su propia espada para bloquear el ataque, pero su posición era mala. Las dos hojas chocaron y una de ellas salió disparada por los aires. La de la chica.

El combate estaba decidido.

Y el japonés lo sabía. Se tomó su tiempo, acercándose paso a paso hacia la chica, balanceando indolentemente su espada a un lado y a otro, recreándose en la situación.

Ella, en el suelo, apenas levantó la mirada, sabiéndose perdida.

La espada del hombre trazó unos caprichosos molinetes en el

aire y se alzó, apuntando de nuevo al techo. Esta vez, sí. Esta vez, descargaría el golpe definitivo…

… de haber podido.

La chica levantó sus manos, hincó la rodilla en tierra para poder proyectarse hacia delante y las hundió en el estómago de su rival. ¡Y en las manos, llevaba los dos puñales que le había visto en el tejado de mi casa!

El japonés abrió desmesuradamente los ojos al oír —como yo—, el ruido succionante de ambas hojas al retorcerse en sus entrañas, dejando pasar el aire al interior de sus heridas.

Un segundo después, la chica empujó al hombre hacia atrás con todas sus fuerzas…

… ¡justo a tiempo!

La hoja de la *katana*, en el último esfuerzo del japonés, se clavó en el suelo, profundamente, frente a ella. De no haberle empujado, probablemente la hubiera partido en dos.

Rápida y felina como una gata, sujetó la empuñadura de la espada y giró sobre sí misma, arrancándola del suelo y quedando frente a mi anterior interlocutor. Demasiado tarde. Ya la estaba encañonando con su pistola.

—¡Una espléndida demostración! —exclamó, visiblemente satisfecho—. ¡Lástima que sea inútil!

—Quizá no —grité—. ¿Sigue queriendo que trabaje para usted?

—Es Elektra quien le quiere, señor James.

—Hay amores que matan, pero… ¡Estoy dispuesto a aceptar!

—Con una condición, ¿me equivoco? —respondió burlón. ¡Dioses, con qué ganas le hubiera borrado aquella sonrisa de su cara!

—No. No se equivoca.

—Que deje a ese monstruo con vida, ¿no es eso? Asentí con la cabeza.

—Le prometimos una cantidad apreciable, no un precio imposible —añadió, pasándolo en grande.

—Lo toma o lo deja. La elección es suya.

Dudaba. Dudaba demasiado. Rebusqué cualquier argumento, cualquier excusa, cualquier razonamiento que inclinase la balanza a mi favor, pero no conseguía encontrar ninguno; Cuando finalmente exprimí hasta el último gramo de mi cerebro y lo encontré, no fui

yo quien habló.

Fue ella. La chica.

—La única razón por la que está muerto, es porque no es digno de morir por esta espada —y la guardó en la funda que llevaba en la espalda.

Mientras la muchacha se dirigía hacia su propia espada, no sé quién estaba más boquiabierto: si «Sienes Plateadas», o yo. Si había sido una fanfarronada, era la más efectiva que había encontrado en toda mi vida.

Pero no habían terminado las sorpresas. Cuando recogió su *katana* del suelo, sonrió diciendo:

—En cambio, ésta sí. Ésta es apropiada.

—Lo siento, señor James —me dijo «Barriga Feliz», sin apartar los ojos de la japonesa—. Hasta usted comprenderá que, dadas las circunstancias, su proposición es inaceptable.

Y empezó a apretar el gatillo.

—¡Noooooo…! —aullé, lanzándome sobre la mesa, resbalando por ella, en un intento inútil de golpear su brazo y desviar el tiro. No recorrí más de un par de metros.

El disparo resonó en toda la habitación como un cañonazo. De reojo, vi como la chica se movía a un lado, al tiempo que inclinaba su espada hacia el otro, y se oyó un sonoro y distintivo «¡*Clinck*!».

Una fracción de segundo después, lanzó la *katana* contra «Papá Ejecutivo». La hoja atravesó carne, huesos y sillón, incrustándose en el pecho del tipo hasta la empuñadura. Apenas tuvo tiempo de agitarse convulsivamente y vomitar un poco de sangre, antes de morir.

—¿Có… cómo pudo fallar? —pregunté asombrado—. ¡Apenas estabas a cinco metros…!

—No hubiera fallado —dijo, crípticamente.

—¿No estarás insinuando que tú…? ¡No, claro que no…! ¡Nadie puede desviar una bala con la hoja de una…! ¡No, me niego a creerlo! ¡Es imposible!

—Gracias por tu gesto —dijo la chica, desviando la conversación —. Pero era innecesario.

—¡Hombre, muchas gracias! La próxima vez, compraré una bolsa de palomitas y aplaudiré mientras te cortan a rodajitas o te usan como diana…

—Vámonos de aquí. No estamos seguros.

—¡Ni hablar! —protesté—. Tienes muchas cosas que explicarme, nena.

Estaba furioso. Una vez superado el problema más inmediato, en mi mente se agolpaban miles de preguntas. Y estaba seguro que ella tenía respuestas para la mayoría.

—Más tarde.

—¡Ahora!

—Más tarde… —susurró dulcemente, acariciándome el rostro con el dorso de la mano, dejándola deslizar suavemente por mi cuello hasta…

Sus dedos se cerraron en torno a no sé qué músculo, sentí un agudo pinchazo de dolor y todo empezó a hacerse borroso. Un segundo más tarde, me desplomé casi inconsciente.

Me dormí pensando que estábamos perdidos, que había cometido la mayor de las estupideces, que por muy «artista marcial» que fuese, no podría arrastrar mi peso ni siquiera hasta un ascensor…

Me desperté en Japón.

CAPÍTULO VII

Aunque eso lo supe más tarde, claro.

Al principio, sólo fui consciente de que tenía frío. Un frío espantoso, lacerante.

Me hallaba tendido en el suelo, en una especie de colchoneta, delgada y dura como una tabla. Debía haber pasado bastante tiempo, pues uno de mis brazos, el de la bala, apenas me dolía y ni siquiera lo tenía vendado. El otro, el que me había roto, estaba envuelto en un vendaje que lo comprimía fuertemente contra mi pecho, pero sin yeso.

Estaba en una especie de almacén con paredes de madera, prácticamente vacío. Sólo pude divisar un par de escaleras, también de madera, que ascendían hasta desaparecer en los pisos superiores y una especie de enorme brasero en el centro, apenas con rescoldos de carbón casi apagados, Casi tuve que tocar los tizones para sentir un poco de tenue calor.

Ni rastro de mi… «salvadora». Sí, suponía que podía llamarla así.

La entrada del almacén disponía de esas puertas japonesas tan típicas: corredizas, de papel. Me dirigí hacia allí y las abrí. Una ráfaga de viento helado me congeló hasta la médula.

La puerta daba a una especie de jardín rodeado de un muro bastante alto. O eso supuse, porque, en aquel momento, estaba cubierto de nieve. En medio del jardín, sentada sobre la nieve, desnuda, inmóvil en posición de loto, se hallaba la chica. Me quedé mirándola fijamente varios minutos, pero ni siquiera parpadeó.

«¡Maravilloso! —pensé—, se me ha congelado».

Se la veía preciosa. Con esa belleza tan… fría —no encuentro otro adjetivo— e impersonal de las estatuas. Abrí la boca para decir

algo, pero sus labios dibujaron un claro «no». Su voz me llegó como un claro y nítido susurro que se deslizara suavemente por el manto blanco de la nieve.

Esperé. Esperé lo que me pareció una eternidad. En vano. La chica no se movía. Bien, si quería darme una demostración de lo dura que era, yo no pensaba quedarme atrás. Si ella podía soportar el frío, desnuda, yo estaba dispuesto a hacerlo, aunque fuera vestido.

¡Veríamos quién de los dos ganaba!

Ganó ella. Cuando se movió lentamente, cogió un puñado de nieve y empezó a frotarse la fea cicatriz del costado, no pude resistir más. Cerré la puerta y fui hasta el brasero. Si no me acosté encima del fuego para tener una vaga noción de eso que se llama «calor», fue por miedo a congelar los rescoldos.

Infinitas horas después, ella entró, caminando con toda naturalidad, tan fresca, como si acabara de pasear por cualquier playa de Acapulco. Cogió una manta de un rincón y se envolvió en ella. Nunca supe si por pudor o por deferencia a mis hormonas. Nunca porque tuviera frío, no. Eso, ni hablar.

Se acercó al brasero y, con el pie, accionó un oculto fuelle para reavivar los rescoldos. Sentí que me encontraba en el paraíso.

—Podías haberme explicado el truquito, ¿no? —Gruñí, molesto.

Sin responderme, se dirigió a una de las escaleras y desapareció. Al regresar, ya estaba vestida y portaba un par de cuencos con lo que supuse era comida. Los dejó sobre las brasas.

—¿Sería mucho pedir que dejases de jugar a la Dama Misteriosa y me dijeras qué hacemos aquí? —Volví a gruñir. No me encontraba en uno de mis mejores momentos—. No, espera. Mejor explícame primero qué tienes que ver con todo esto… O, qué tengo que ver yo… O, mejor aún…

Me alargó uno de los cuencos…

—Primero, come.

—¡A la mierda la comida! —protesté—. Lo que quiero es saber por qué…

—Deberías tener hambre —comentó, impertérrita—. No has comido nada en tres días. Tenías que purificarte.

A la vista de aquella especie de potaje, oloroso, calen tito, reconfortante, mis tripas protestaron ampliamente, dándole la razón

a la chica. No tuve más remedio que aplacarlas y tragármelo. Me supo a gloria.

—¿Ahora, sí? —Gruñí de nuevo para no perder la costumbre—. ¿Ahora ya puedo enterarme de tanto fabuloso secreto?

—Pregunta —respondió la chica. Con tanta suavidad, que aplacó parte de mi ansiedad.

—A propósito, ¿cómo te llamas?

—Puedes llamarme… Luz.

—Muy poético —comenté con todo el sarcasmo del que era capaz—. Pues bien, Luz, ¿por qué no arrojas un poco de tu nombre sobre las tinieblas que inundan la mente de este pobre e indigno extranjero…?

Tenía que estar a la altura de tanta ceremonia, ¿no?

Entre preguntas ansiosas, explicaciones calmadas, interrupciones a destiempo, infinita paciencia oriental, brusquedades masculinas y aclaraciones estoicas, me enteré de lo siguiente:

Aquel almacén —templo, le llamaba ella—, había sido la sede de cierta secta japonesa. Me ahorraré explicaciones sobre la búsqueda de la verdad, la paz interior y toda esa filosofía que nunca he entendido demasiado. El caso es que, mucho espíritu y mucha armonía, pero —paradoja de paradojas— aquellos tipos eran unos verdaderos expertos en toda clase de armas y combate cuerpo a cuerpo, los más sofisticados asesinos, las más perfectas máquinas de matar que concebirse puedan.

Semejantes prodigios no podían por menos que interesar a una organización de la talla de Elektra. Y mucho espíritu, mucha armonía, mucha paz interior y mucha verdad universal, pero se habían dejado convencer como chinos —bueno, japoneses— de lo estupendo de trabajar para la compañía. La palabra exacta que utilizaba Luz, era «comprender».

—Elektra les abrió sus brazos y ellos se convirtieron en sus amantes —remató floridamente la chica.

Abandonaron el templo, abandonaron toda su espiritualidad y se convirtieron en los guardias de corps, los asesinos de élite de la organización. Pero cometieron un grave error —«otro» grave error, dijo Luz—. Junto a su misticismo, también habían abandonado a sus mujeres. O sirvientas, o esclavas, no pude deducirlo bien. Ella empleó un término japonés.

—Para ellos, nosotras, como nuestras madres y las madres de nuestras madres, sólo éramos mujeres. Algo sin valor, sin espíritu, sin honor…

Pero, al parecer, tenían todo eso —¡aplausos, aplausos!— y empezaron a tramar su plan de venganza. No contra el hecho de que las hubieran abandonado a ellas —no sé por qué, a mí me pareció un motivo tan digno y lógico como el que más—, sino por haber abandonado un camino emprendido por sus antepasados, siglos ha.

CAPÍTULO VIII

Investigando a Elektra, llegaron hasta mí. Yo había hecho la zancadilla a la organización un par de veces y decidieron que, aparentemente, hiciera una tercera. El famoso asunto de Sudáfrica del que había hablado mi «Ejecutivo Agresivo». Destrozaron la planta de investigación, dejando suficientes pistas, falsas, para que yo cargase con el mochuelo.

Elektra picó el anzuelo y decidió que el moscón de Indiana James había empezado a volverse demasiado pesado. Muerto el perro, se acabo la rabia. Sólo tenían que liquidar al inocente y despreocupado perrito Indiana.

Y lo intentaron. ¡Vaya si lo intentaron! Pero ella, Luz, estaba al quite. Había ahogado a mi parejita del lago y lanzado por la ventana a mis amigos del hotel. Para mi malherido orgullo personal, debo confesar que escapé solito del cine y de la bomba en el avión. Ni siquiera comentó que ella me hubiera sacado las castañas del fuego de haber sido necesario. Buena chica.

Si los japonesitos eran la «créme de la créme», necesitaban presentar un enemigo tan formidable como ellos, para que Elektra los pusiera en movimiento. El golpe definitivo había sido el asalto a las oficinas del World Trade Center. Ahora que uno de ellos había muerto, los demás no tardarían en aparecer.

Era una bonita e instructiva historia, pero que dejaba algunos puntos oscuros.

—¿Y no podíais repetir el numerito de Sudáfrica con otras instalaciones? —pregunté, extrañado—. ¿Por qué buscarse un moscón ajeno, teniendo una nube de moscas propias?

Enrojeció visiblemente bajando la vista, antes de responder:

—Somos mujeres. Nunca nos hubieran creído las responsables.

Estimulante, ¿no? Aquí me tienen, el intrépido y varonil Indiana James…, ¡el cebo masculino que nunca falla! ¿Quiere que una panda de mortíferos asesinos orientales echen espumarajos de rabia por la boca y emprendan una cruzada de sangre y fuego…? Sólo tienen que agitarme un poco ante sus narices. Resultado garantizado.

—Elektra los tiene distribuidos por todo el mundo —siguió explicando Luz—. Pero la muerte de Hiroshi les unirá en busca del enemigo común. Sólo un igual podría haberle vencido e intentarán destruirlo.

—¡Destruirme! —protesté. Era un sutil cambio de pronombre. Pero, para mí, de la máxima importancia.

—Les dejé un mensaje —confesó—. Vendrán aquí y les estaremos esperando.

—¿Vosotras? —pregunté, ingenuo.

—Nosotros.

¡Oh, los pronombres de nuevo!

—¡Hasta aquí podíamos llegar! —aullé—. Ya tienes lo que querías, ya les habéis provocado lo suficiente. ¿Para qué diablos me sigues necesitando?… ¿Para no morir sola?

—Elektra es una extensa organización. Tiene ojos y oídos en todo el mundo. Podrían localizarte y ni siquiera nosotras podríamos protegerte. Tienes que quedarte aquí. Tienen que venir aquí.

—¿Cuántos son? ¿Cuántas sois vosotras? ¿Cuándo vendrán las demás…? —Tenía más preguntas, pero hasta yo he de respirar de cuando en cuando.

—Somos muchas —respondió ella, antes que volviera a ametrallarla—. Pero no vendrán. Mientras ellos vienen hacia aquí, se encargarán de destruir a Elektra. Atacarán simultáneamente los centros de poder prefijados. La organización nos corrompió y pagará por eso.

—Entonces… ¿aquí sólo combatiremos tú y yo?

—Nos bastaremos.

Tenía la siguiente pregunta en la punta de la lengua, pero me daba pánico hacerla:

—Y… y ellos, ¿cuántos… cuántos…?

—Sólo doce. Once, ahora.

Me puse en pie con la rapidez de un rayo.

—De acuerdo, nena. Ha sido un placer y todo eso…, ¡pero me largo! ¡No pienso suicidarme!

Ella también se levantó, pero lenta, tranquilamente, mientras yo me dirigía hacia la puerta.

«¡*Tchunk*!».

Uno de sus extraños cuchillos se clavó en el marco de la puerta, a pocos centímetros de mi cabeza.

—Debes quedarte. Han de venir aquí, no puedo permitir que te vayas. Me volví asustado. Tenía el otro puñal en la mano.

—¿Serías capaz de matarme?

—Si es necesario, sí. Y supe que lo haría.

Permanecimos callados varios minutos, mirándonos a los ojos. Fui yo el que desvió primero la vista. Hacia el suelo.

—¿Y qué haré yo? Todo ese jueguecito de las estrellas y las espadas, es demasiado sofisticado para mí. Además, con este brazo…

—El brazo sanará.

—Pero yo no aprenderé.

—Puedes hacerlo.

—¡Pero no lo suficiente, maldita sea! ¡Y tú lo sabes! Ahora fue ella la que desvió la vista.

—Sí, lo sé.

Dio media vuelta y volvió a subir las escaleras.

Al bajar, llevaba un paquete de trapos viejos envolviendo algo. Lo dejó sobre el suelo.

—Esto es un templo. No debería hacerlo, pero…

Destapó el contenido del paquete. Eran dos hermosas, preciosas, bellas, encantadoras y perfectas pistolas. Con sus correspondientes sobaqueras y bastante munición para despoblar las innumerables islas del Japón.

El amargo regusto de la bilis inundó mi boca:

—¡Un templo…! ¡A la mierda vuestro templo! Podéis desparramaros las tripas por el suelo con esas malditas *katanas* vuestras, pero una bala es algo impío, ¿no?… ¡Dioses, estáis todos locos!

—Si quieres tener alguna esperanza de sobrevivir, tendrás que expulsar toda tu furia. Serán unos días muy ocupados…

Y lo fueron.

Empezábamos por la mañana, recorriendo varios kilómetros de paisaje nevado a la carrera. Yo era más fuerte, pero ella más resistente e, invariablemente, terminaba dejándome atrás, hecho un pingajo, recogiendo del suelo los pobres restos de mis pulmones.

Después, tocaba sesión de entrenamiento. Los *shurikens* no se me daban mal. Siempre había sido buen lanzador en el béisbol y conservaba mi habilidad. Hubiera sido todo un detalle conservar también mi puntería. Fallaba un blanco de cada tres y no acabé seccionándome los dedos por milagro.

La espada era infinitamente más difícil. Lo intenté un par de veces, pero acabé con un tajo en la pierna y lo dejé correr.

Por las tardes, mientras ella «meditaba» —o eso decía—, yo encontraba un perverso placer en limpiar y engrasar, una y otra vez, lo único que en todo aquel recinto me unía al siglo XX: mis dos armas.

Las noches…, bueno, las noches eran al principio frías y solitarias, hasta que intenté unirme a ella en una de sus sesiones de meditación. Si Luz podía hacer la idiota y soportar las bajísimas temperaturas del jardín, yo también. Era una cabezonería estúpida, lo reconozco. Pero todos tenemos derecho a ser cabezones, ¿no?

Durante la primera hora, resistí a duras penas los escalofríos. Sentía que mis nalgas ardían como ningún fuego las podía quemar jamás. La segunda hora temblé, cada vez más violentamente, hasta parecer un caso de parkinsonismo agudo. Ella no hacía más que observarme de reojo y yo sentía un perverso placer en estropearle sus elevados y morales pensamientos, rebajándolos a algo tan terreno y pueril como una pulmonía aguda.

Estuvo a punto de hablarme en varias ocasiones, pero mi decidida postura la impulsó a callar. Lo último que recuerdo es ver cómo, poco a poco, me inclinaba más y más hacia el suelo sin poderlo evitar. Me reí interiormente pensando que, por muy fuerte que me golpease, no sangraría demasiado. El frío haría que se me congelase la sangre, antes de tener una hemorragia.

Cuando volví a reaccionar, estaba en el templo, relajado, seco y caliente. El brasero tenía una llama inusual —supongo que por deferencia a mí—, pero mi calidez no se debía principalmente a él.

Estaba tumbado de espaldas en una de las colchonetas y, sobre mí, se encontraba Luz. Y ambos estábamos envueltos en una manta.

—Esto no es muy digno, ni espiritual —susurré.

—Lo es —contestó, sonriendo—. No tengo la culpa de que un cochino occidental malinterprete mis actos.

—Sé que esto es un templo, pero *este* cochino occidental que tienes debajo, no es ningún monje…

—Vuelves a malinterpretar. ¿Te olvidas que éramos sus…? —Y volvió a soltarme la palabreja ininteligible.

—No tengo ni idea de lo que eso significa…, ¡pero suena prometedor! —Y rodeé su espalda con mis brazos. Me dejó hacer—. ¿Sabes?, es muy posible que muramos dentro de poco. No me gustaría llevarme un recuerdo tan frío de este mundo… y de ti.

—Para no ser uno de nosotros, has demostrado mucho valor, Indiana. Casi merecerías serlo.

Quise moverme, pero el brazo protestó.

Ella tocó aquí y allí con sus dedos y el dolor se amortiguó rápidamente. Estaba a punto de darle las gracias, cuando siguió tocando un poco más acá y un poco más allá, y mi cuerpo empezó a reaccionar más rápidamente que mi mente.

Unos minutos después, ni siquiera me acordaba que tenía mente.

Fue la hora más placenteramente completa de mi vida.

* * *

Pasamos toda una semana en el templo.

No diré que me había olvidado del motivo por el que nos encontrábamos allí, eso era imposible, pero sí que superé muchas de mis angustias y mis miedos. ¡Qué diablos! Si teníamos que morir, al menos lo haríamos con cierta dignidad, que dijo algún inconsciente. Y Luz parecía compartir esa simple filosofía. Hasta se saltó una de sus sesiones de meditación espiritual por otra mucho más… ¡ejem!, digamos carnal. Sin olvidarse la habitual sesión nocturna. Al día siguiente, no estaba yo para muchos ejercicios gimnásticos, precisamente.

Yo había observado que, con cierta periodicidad, la chica llegaba hasta el límite del jardín, subía en el muro que lo rodeaba y escrutaba algún misterioso signo en lontananza. Mantuve un respetuoso silencio hasta que, al octavo día, su calma pareció rota tras una de sus observaciones.

Su rostro era más sombrío de lo habitual y su mirada rehusaba

cruzarse con la mía. Sabía lo que significaba y ella sabía que yo lo sabía y todo eso, pero ninguno de los dos se atrevía a decirlo en voz alta.

Al final, tuve que romper el embarazoso silencio:

—¿Ya están aquí?

—Llegarán al anochecer.

Fue la última vez que hice el amor con ella.

Capítulo IX

Me aposté junto a uno de los ventanales, con las dos pistolas en las manos.

Los ojos me dolían de tanto mantenerlos fijos en el muro. Intentaba no parpadear, pero, cada vez que lo hacía, me daba la impresión que había pasado varios segundos con los párpados cerrados.

No habría tenido que preocuparme tanto. Una cabeza asomó claramente por encima de la pared, una cabeza cubierta con una capucha negra. Ni siquiera intenté apuntar. El blanco estaba demasiado lejos y era demasiado pequeño como para acertar. Esperaría a ver el cuerpo y…

No me dio tiempo. Aquella cabeza lanzó un grito ahogado y un puñado de sombras rebasó el muro cayendo al jardín. Moví estúpidamente mis pistolas sin saber por cuál decidirme y, cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. Habían desaparecido entre las sombras todavía más oscuras de los árboles y la maleza.

No sabía dónde se había metido Luz y tampoco me importaba. Ella podía cuidar de sí misma.

Y mucho mejor que yo.

No veía, ni oía nada. Sólo sentía, sentía un miedo atroz, un pánico indomable, unas ganas irrefrenables de salir corriendo. En cambio, me acerqué, despacio, hacia la puerta abierta. Todas las luces del templo estaban apagadas, así que me arriesgué a sacar la cabeza para intentar atisbar algo. Si no les podía ver a ellos, ellos tampoco podrían verme a mí.

Pero me vieron. Oí el agudo siseo que ya conocía demasiado bien y apenas pude agacharme a tiempo de esquivar un par de estrellas que se hincaron profundamente en la madera, sobre mí.

Apreté un par de veces el gatillo hacia la oscuridad y salí al exterior, pegándome a la pared del templo.

Entonces, todo se precipitó.

Del cielo, llovieron estrellas. De acero. De muerte. Una de ellas, apenas me rozó. La otra me desgarró la pierna a la altura del muslo. Levanté la cabeza, el arma y disparé convulsivamente, mientras el tejadillo se hacía pedazos para dejar pasar un cuerpo oscuro.

Cayó encima de mí y me arrastró al suelo. Pataleé desesperadamente para quitármelo de encima, gimiendo de miedo. No tenía motivos. No reaccionó a mis paladas. Le había cazado en pleno aire.

A mi derecha, en pleno jardín, escuché el entrechocar de espadas. La chica también había descubierto a alguien. Quise correr hacia allí, pero una sombra surgió de la noche, lanzando un grito paralizador. Luz me había advertido sobre ello y me aparté para dejar paso a la espada que segó la pared que tenía detrás de mí. Enterré el cañón de una de mis pistolas en el estómago de la sombra y apreté el gatillo. Salió disparada varios metros hacia atrás.

Hice una pausa para arrodillarme y recargar el arma. No había contado las balas y no podía arriesgarme a quedar sin munición. Dejé la otra en el suelo y metí una, dos, tres balas, antes de que otro asesino atacase.

Apunté y apreté el gatillo. ¡*Click*! El percutor golpeó en vacío. Volví a presionar el gatillo, ¡*click*!, y otra vez más, ¡*click*! Nada.

Mi atacante frenó su embestida y me contempló un segundo, antes de soltar una risa burlona y blandir la espada frente a mí.

Un último intento, ¡*broum*!, y su cabeza estalló como un melón. ¡Ríete ahora, hijo de puta!

Una lluvia de *shurikens* me hizo retroceder precipitadamente al interior del templo. Bien. Una fiera acorralada es más temible. Me acerqué al ventanal derecho, de allí me llegaba el chasquido metálico de las *katanas*. Estaban a penas a un par de metros de mí: Luz y tres hombres… No, dos. El tercero se estaba desplomando sin exhalar un solo gemido… ¡y con un solo brazo!

La chica bloqueó un tajo por la derecha y contraatacó. Una cabeza encapuchada, salió disparada por los aires, dejando un rastro de sangre. Pero había descubierto la guardia. El tercer y último de sus contrincantes la tenía a su merced. Creí ver la alegría

brillando en sus ojos y allí apunté. Alegría y ojo quedaron destrozados por un par de balas.

Estuve a punto de lanzar un aullido de alegría, pero me contuve. No por precaución, sino por el frío contacto del metal en mi nuca. Empecé a girar la cabeza, todo lo lenta y acompasadamente que pude. La presión no se desvaneció. No tenía por qué. El japonés apoyaba con seguridad el filo de su espada en mi cuello.

Si conseguía mover una mano, estaríamos en tablas. Yo bajo su *katana* y él bajo la amenaza de mi pistola. Pero movió rápidamente la espada. Apenas me tocó hombro y muñeca con dos suaves contactos y el brazo me quedó muerto, paralizado. El arma resbaló suavemente de mi mano hasta el suelo.

Esta vez, sí estaba liquidado. Volví a sentir el filo de la hoja en mi garganta y cómo se desplazaba suavemente hacia el lado, cortando piel y carne, profundizando poco a poco, con lentitud sádica. La sangre empezó a resbalar hacia mi pecho.

Un puñal penetró como un rayo por la ventana y se enterró en el cuello del oriental, lanzándole hacia atrás.

Yo me desplomé, mareado y casi inconsciente, contra la pared del templo. Reprimí una arcada y comprobé mi única pistola. Estaba descargada.

Y con un brazo inútil, no podía permitirme el lujo de hacer juegos malabares para proporcionarle su correspondiente ración de balas.

Mis ojos se posaron en el sable del oriental. Estaba manchado con mi propia sangre, pero era el único recurso que tenía a mano. Gateaba hacia él, cuando dos asesinos más entraron en el templo.

Yo debía tener un aspecto ridículo, allí, a tres patas, sangrante y con el terror bailando en mis ojos.

Eso les perdió.

Al menos, a uno. Moví mi muñeca y dos *shurikens* se enterraron en su cuerpo.

Me apoderé de la espada e intenté apoyarme en el borde del brasero para levantarme. El segundo japonés dio un salto y quedó erguido sobre los tenues restos de las brasas, sobre mí, sobre el mundo.

Hice un torpe esfuerzo por levantar el sable, pero le bastó un simple gesto para desarmarme. Para completar mi degradación, me

empujó suavemente hacia atrás con la punta de la *katana* hasta conseguir que cayera de culo al suelo.

Pero fui yo quien calculó la caída. Me apoyé sobre el fuelle y el flujo de aire reavivó los carbones, levantando un muro de llamas que rodeó al otro. Se lanzó al suelo gritando, intentando apagar sus ropas ardientes, pero no le di tiempo. Le corté el cuello con tanta rabia, que no pude arrancar después la espada del suelo.

No sabía cuántos enemigos quedaban vivos y no me importaba. Había llegado al límite. Estaba deshecho, hundido, sin fuerzas.

Trastabillé hasta la puerta del templo. Fuera, en el jardín, espectralmente iluminados por las reavivadas llamas del brasero, Luz y uno de sus «amos» seguían luchando.

Ambos alzaron sus espadas y las dejaron caer con igual violencia sobre el cuerpo del otro.

Las dos encontraron su objetivo.

Las dos se clavaron profundamente en la carne.

Iba a lanzar una carcajada histérica por aquel estúpido final, cuando Luz dio un seco tirón a su *katana*. Su contrincante, sin un punto de apoyo que le mantuviera erguido, cayó pesadamente al suelo.

Ella, cojeó visiblemente mientras se acercaba a mí.

—Se… acabó… —gimió dolorosamente.

—Sí, se acabó —bramé, intentando imbuirle un poco de ánimos.

La herida de su muslo era espantosa, pero no pareció darle la menor importancia. Rebuscó aguja e hilo de pescar, y se la cosió a lo vivo, alumbrada por el fuego del brasero. Sin mi ayuda. Yo estaba demasiado ocupado haciendo rechinar mis dientes como para dar una sola puntada.

Más tarde, entre los dos, trasladamos todos los cadáveres al templo y Luz le prendió fuego. Supuse que sería una ceremonia de purificación y toda esa mandanga. Por mí, podían hacer lo que quisieran con ellos, hasta potingues para perro. Me daba igual.

—Ahora, podremos empezar de nuevo —sentenció. Iluminada por las llamas, estaba más hermosa que nunca.

—Aún queda Elektra… —aventuré yo.

—¡Oh! No tienes que preocuparte de ella —y sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo—. Es cosa nuestra.

—Y mía. ¿Por dónde empezamos?

—No. Ya has hecho demasiado. Me siento muy orgullosa de que sea tuyo el primer hombre de nuestro nuevo Clan.

Aquello me cayó como un mazazo.

—¿Qué… qué quieres decir? —Menuda estupidez, lo había comprendido perfectamente—. ¿Cómo puedes estar segura de que…?

—Lo sé. Eso es todo —y su rostro se ensombreció—. Sólo lamento que nunca llegues a conocerle.

—¡Deja de soltar tonterías!, ¿quieres? —protesté—. No te vas a librar de mí, así como así…

—¡Cuidado! —gritó ella.

La estructura del templo se estaba viniendo abajo, pasto de las llamas. Retrocedimos rápidamente hasta internarnos en las sombras de la noche, segundos antes de que nos aplastase.

—Por poco —resoplé—. No habría sido justo morir ahora, después de todo lo que… Miré alucinado a mi alrededor.

Estaba hablando solo.

Epílogo

La busqué el resto de la noche, pero parecía habérsela tragado la tierra.

Al amanecer, empecé a caminar sin rumbo fijo, como un zombi, gritando su nombre cada diez pasos. Las heridas me dolían, sentía frío y hambre, y cada paso era una tortura.

Tardé toda la mañana en alcanzar la costa y gasté el resto de mi energía en conseguir llegar hasta terreno civilizado. O eso creí. Debieron recogerme medio muerto y me cuidaron compasivamente toda mi larga convalecencia. Eran pescadores de perlas. Japoneses, claro. Y todos mis intentos por hacerme entender, mis preguntas sobre el misterioso templo de la montaña, mis investigaciones sobre si habían visto una chica herida, o embarazada, o ambas cosas, cayeron en saco roto.

Así que allí me encontraba. Sin dinero, sin recursos y más débil que un gatito.

¿Qué podía hacer?

No tenía ni idea. Igual acababa como pescador de ostras en aquella costa olvidada del mundo.

Bueno, ¿y por qué no? Cosas peores había hecho. Y a su debido tiempo, encontraría a Luz.

Fin



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/